

SERVICIO
SECRETO

SS

BROADWAY STORY

Curtis Garland

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS



SAM

Estaba nevando mucho en aquel momento.

Ella y yo casi chocamos al empujar las puertas de las oficinas simultáneamente, no sé si por nuestro común afán de huir del frío exterior, o sólo porque, deseábamos fervorosamente alcanzar la oportunidad de ser recibidos por el grande, inaccesible, y para nosotros, casi mítico personaje llamado Oscar Siegel, representante artístico de la empresa de Lorna Lancaster, la primera empresaria del teatro musical de Broadway.

Lo cierto es que tropezamos al empujar las pesadas vidrieras y nos quedamos como dos tontos, mirándonos mutuamente, con expresión atribulada. Ella sonrió, y su sonrisa logró desarmarme.



Curtis Garland

Broadway story

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1538

ePub r1.0

Lds 23.01.19

Título original: *Broadway story*

Curtis Garland, 1980

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

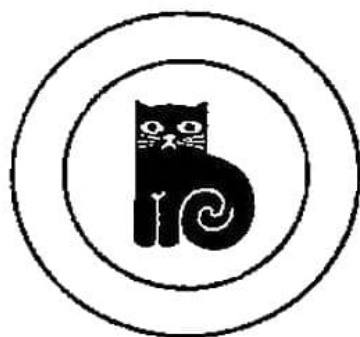
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



DEDICATORIA

El «cine» negro no ha sido solamente Bogart. Ni tampoco simplemente Hammett, Chandler y Cain. Hubo otro cine «negro» que al autor de esta obra dejó un recuerdo imborrable. Un «cine» de mitos que pasaron para no volver más, para ser sólo recuerdo, en unos fotogramas de intensos claroscuros, de crudos contrastes fotográficos, de rostros exóticos u obsesivos y de personajes que, como los actores y actrices que los interpretaron, son ya sólo pálidos fantasmas de filmoteca o de evocación nostálgica.

En ese celuloide fantasmal de los años cuarenta, uno aprendió a amar el cine «negro» y, a través de él, la novela «negra» y sus constantes. Por eso uno nunca podrá olvidar a esa seductora Betty Grable de *¿Quién mató a Vicky?*, en contraste con la figura inquietante del voluminoso Laird Cregar, muerto en plena juventud. Ni esa exótica, bella y exquisita Gene Tierney de la inolvidable *Laura* de Vera Caspary, junto al cínico *gentleman* Clifton Webb, acosado por el policía vulgar, pero humano, encarnado por Dana Andrews (este último, por cierto, único superviviente del trío protagonista).

A todos ellos, a los que se fueron para siempre al mundo de las sombras eternas y a los pocos que quedan aún aquí, vaya esta evocación, este recuerda emocionado, con un relato que muy bien pudieron haber interpretado ellos, dirigidos por un Bruce Humberstone, un Siodmak como el de *La dama desconocida* o *Forajidos*, o el Preminger insuperable de esa obra maestra de una época, llamada *Laura*...

Broadway Story nunca se trasladará posiblemente a una pantalla cinematográfica. Pero lo que sí es cierto es que ya jamás podrán protagonizarla esos rostros imborrables, esos mitos que sólo viven

en el recuerdo de unos pocos como yo mismo...

El autor.

PRÓLOGO

El policía era grande, gordo y fofa. Cuando puso su pesada mano sobre mi hombro, fue como si desparramara un montón de sucia gelatina velluda sobre mi elegante chaqueta del *smoking*.

—¿Por qué no confiesa de una maldita vez, Blake, y terminamos con este engorroso asunto?

Le miré, intentando ver algo más que su adiposo cuello sobre la camisa sudada, de bordes sucios, pero la maldita luz derramándose sobre mi cara, me impedía advertir los detalles. Los demás hombres del cuartucho sórdido con olor a cerveza agria y a tabaco, eran sombras recortándose contra la iluminación y el humo de sus cigarrillos, igual que marionetas grotescas.

Pero no eran marionetas. Eran detectives de Homicidios, y aquella bola de sebo era su jefe, el teniente Mallory, empeñado en mandarme directamente a la silla eléctrica sin más rodeos.

—No puedo confesar lo que no hice —le dije tranquilamente, cruzándome de piernas y bostezando—. Escuche, ¿de verdad no van a facilitarme un emparedado y un café? Ya debe ser muy tarde...

—¡Y un cuerno, Blake! —rezongó un policía con tirantes, inclinándose sobre mí y enseñándome sus dientes amarillos, en una especie de mueca ratonil—. ¡No probará nada ni se irá a dormir hasta que haya confesado cómo liquidó a la chica!

—Su obstinación es admirable —me quejé, sacudiendo la cabeza—. Si la utilizara debidamente, no habría un solo criminal en la ciudad, estoy seguro.

—Escuche, pingüino —me espetó ahora el teniente Mallory, aferrándose por las solapas del *smoking* y escupiéndome a la cara saliva y cerveza agria al cincuenta por ciento—. Estamos hartos de usted y de su condenado complejo de superioridad. A fin de

cuentas, no es más que una maldita rata vestida de etiqueta y llena de presunción, que se cree capaz de escribir mejor que Shakespeare aunque sólo escriba bazofia para los palurdos que vienen a ver teatro musical en Broadway. Por desgracia, nadie puede ser detenido y encarcelado por escribir malas comedias, pero sí por matar a tina chica. Y eso es lo que usted ha hecho, porque a ella le importaba un cuerno su pretendida importancia y había preferido a otro tipo quizá menos guapetón pero con más pasta, ¿está claro? Llevamos varias horas aquí, y no hemos sacado nada en claro. Empiezo a cansarme de usted y de sus tonterías. De modo que confiese pronto, o va a pasarlo muy mal. Mis muchachos y yo nos ponemos bastante desagradables cuando queremos.

De eso no tenía ninguna duda. El maldito teniente creía que yo había matado a Sharon, y no parecía dispuesto a cejar en su empeño hasta que yo lo confesara de plano.

—Teniente, le he jurado mil veces en lo que va de noche y de madrugada, y de mañana incluso, que no sólo no maté a Sharon Crawford, sino que ni siquiera sé quién pudo hacerlo, ni tengo sospechas sobre nadie. Su muerte hunde la obra y, con ello, la temporada. Además, me hunde a mí, que acabo de estrenar en Broadway, y me encuentro de repente sin obra, sin teatro y sin compañía. ¿Cómo iba a desear yo la muerte de Sharon?

—Porque los celos, la pasión, no le dejaron meditar las cosas. Se encaró con ella y la mató, eso es todo. Luego, comprendió que había arruinado su carrera, pero ya no podía rectificar, porque ella estaba muerta.

—Debería ser usted quien escribiera teatro malo, no yo —gruñí con disgusto, rebulléndome incómodo en aquella dura silla del cuartucho de la comisaría.

—Bueno, no tenemos prisa alguna, muchacho —resopló Mallory, con tozudez de asno—. Volveremos a empezar. Y así una y otra vez, hasta que termine confesando...

Terminar confesando... ¿Confesando el qué? Yo era el primero que hubiera dado algo por saber quién mató a Sharon Crawford, la «estrella» de mi flamante obra. Miré al oficial de Homicidios, tratando de saber si detrás de aquella cara grasienta y aquellos ojos porcinos habría un átomo de inteligencia suficiente. Ciertamente que había llegado a oficial de policía en una ciudad como Nueva York,

pero en la vida hay a veces misterios inexplicables y éste era uno de ellos.

—Si fuera usted capaz de escucharme un rato sin decir tonterías, teniente, intentaría explicarle mi historia y la de Sharon, sin quitar ni poner nada. Y tratando de que entienda por qué fui yo, precisamente, quien encontró el cadáver...

Me estudió como si tuviera un insecto al microscopio. Sólo que su cara no era la de un científico, ni mucho menos. Seguramente ni siquiera sabía lo que significaba la palabra Ciencia.

—Puedo escuchar lo que tenga que decirme —admitió por fin de mala gana—. Pero no le garantizo que crea una sola palabra de ello. ¿Va a ser una historia demasiado larga, Blake?

—No, no demasiado —bostecé.

—Está bien. Cuéntela, entonces. Creo que tendré paciencia para ello. Vosotros podéis largaros por el momento, a descansar un poco y tomar un trago. Ya os llamaré si os necesito.

—¿Yo también me marchó, teniente? —preguntó el tipo de los dientes amarillos y la cara de ratón.

—Como quieras, Amos. Puedo escuchar yo sólo la historia, pero si prefieres oírla, es cosa tuya. Yo en tu lugar, me largaría a tomar el fresco y remojar un poco el gaznate. Sólo que no estoy en tu lugar.

—Por fortuna para usted —rió Amos Goulding, sargento de Homicidios, según se me había presentado cuando me arrestaron acusado de asesinato—. A mí me falta mucho para llegar a teniente. De todos modos, cogeré una cerveza y volveré a escuchar la sarta de mentiras que tiene que contarnos ese bastardo. Siempre resulta divertido saber lo que es capaz de inventar un escritor teatral...

Salió de la estancia con una risita ácida, siguiendo a sus compañeros. Me quedé a solas con el teniente Mallory. El se sirvió un vaso de agua del recipiente de vidrio de la esquina. Dudó, mirándome pensativo, y al final tuvo un rasgo de humanidad. Se acercó a mí, tendiéndome otro vaso de papel encerado con el refrescante líquido. Se lo agradecí con la mirada ambigua.

—Gracias —dije—. Después de todo, es usted humano.

—Muy gracioso —refunfuñó él, tomándose el vaso entero, arrugando luego el vaso para arrojarlo a un cesto, y procediendo luego a sentarse frente a mí, a horcajadas sobre una silla, con el

respaldo por delante—. Ahora, desembuche, Blake. Cuente todo lo que quiera contar sobre sus relaciones con Sharon Crawford. Pero trate de ser lo más sincero posible. No me voy a tragar mentiras. Ni una sola.

—No pienso mentir. Sólo decir la verdad, teniente. Yo no le hice nada a Sharon. Es una locura imaginar algo así. Yo no soy un hombre capaz de hacer daño a nadie. Y menos aún a una mujer como ella...

—Ya empieza a mentir. Claro que es capaz de hacer daño a alguien. Samuel Zimbalist aún está resentido de su mandíbula y sus costillas. Y fue usted quien se lo hizo, sacudiéndole una buena paliza.

—Eso es diferente.

—¿Por qué es *diferente*? —Frunció el ceño, sin dejar de escudriñarme, con sus brazos apoyados en el respaldo de su silla.

—Porque se lo merecía. Es un cerdo. Cargado de dinero, pero un cerdo.

—Es algo más que eso, Blake. Era el amante oficial de Sharon Crawford. Y su protector. ¿Por eso le pegó usted?

—No. Le pegué por ofender a Sharon. Ella no se merecía un trato así. Zimbalist es un ser despreciable, por muchos millones que tenga.

—Pero ella llegó a ser la mayor «estrella» de Broadway gracias a él... Y gracias a una amiga de Zimbalist, alcanzó su primer triunfo...

—Se equivoca, teniente. Gracias a su talento, a su belleza y su encanto. De no ser ellos, cualquier otro la hubiera descubierto. Sólo había que dar con ella. Ese sapo millonario tuvo la suerte de conocerla ya triunfante, eso es todo. Pero aunque quiso hacer de ella una gran «estrella» en los escenarios, la trató como a una mula de carga, convencido de su superioridad sobre ella. Sharon no estaba dispuesta a soportarlo más, después de lo ocurrido en el Club 400. Iba a abandonarle de modo definitivo, ocurriera lo que ocurriera. Me lo dijo esa misma noche.

—Ya. Y esa noche, precisamente, alguien mató a Sharon Crawford.

—Sí —incliné la cabeza—. Es cierto:

—Lástima que nadie, excepto usted, escuchara esas palabras de

ella. De otro modo, sería posible sostener la teoría de que Samuel Zimbalist era sospechoso de asesinato, aunque parece ser que su coartada, en un hospital de la ciudad, atendido de las serias lesiones que usted le produjo, es sólida a toda prueba.

—El hospital no estaba tan lejos del edificio de apartamentos donde vivía Sharon, para no poder ir y matarla, utilizando en ello quince minutos escasos. Algo que cualquier enfermero de noche ni siquiera advertiría... salvo si fue sobornado para callarlo.

—¿Está acusando a Zimbalist de asesinato? —me preguntó el teniente, curioso.

Se abrió la puerta de la estancia otra vez. Volvió el sargento Goulding, con una botella fría de cerveza en la mano, chupándola como un biberón. Se me hizo la boca agua. Le hubiera ofrecido cualquier cosa por un trago, pero supe que sería inútil. Ni él ni el teniente Mallory estarían dispuestos a facilitármelo.

—No —negué despacio—. No acuso a nadie. Sólo apunto posibilidades.

—Yo tengo una mejor que todas esas —rezongó Mallory. Me clavó el pulgar en el pecho—. Usted, Blake. Es el sospechoso ideal. Celoso porque Sharon es de otro hombre, demasiado rico para poder competir con él. Su rencor y su odio se ceban en su amante, al que pega sin piedad en público, organizando un escándalo en el Club 400. Luego, lleva a Sharon a su apartamento, cosa que está totalmente probada.

—Y que yo jamás he negado.

—Una vez allí —siguió el teniente sin hacerme caso—, usted mata a la muchacha, le arroja sobre el rostro un frasco de vitriolo, así como por encima de sus pechos, para completar su venganza por el hecho de que ella discute con usted violentamente, le reprocha su comportamiento con Zimbalist, y le arroja violentamente de su casa, exigiéndole que no intente acercarse a ella nunca más. Eso es lo que a usted le ciega hasta el punto de convertirse en un asesino.

—Pero es que ella no me dijo nada de eso, ni me reprochó que la defendiese contra la brutalidad de Zimbalist.

—Eso sólo lo asegura usted. Nadie fue testigo de tal conversación, a pesar de que Sharon Crawford tenía una fiel doncella de la que rara vez se separaba.

—Enid no estaba esa noche. Sharon le había dado fecha libre —

repliqué.

—Sí que tiene usted mala suerte, hermano —rió estúpidamente el sargento a mis espaldas, logrando revolverme el estómago solo porque no podía darme vuelta y pegarle un puñetazo en su sucia boca—. ¿Por qué no se inventa un cuento mejor?

—Porque no me da la gana —mascullé airado—. Me limito a contar la verdad, sin fábulas ni mentiras. Eso fue lo que ocurrió, y eso es lo que digo, lo crean o no.

—Está bien, está bien —trató de conciliar las cosas el teniente agitando una mano en el aire, mientras el sargento Goulding parecía dispuesto a meterme con su botella de cerveza en la boca, y no precisamente para que bebiera—. Ahora no quiero peleas aquí, sino declaraciones escuetas y precisas. Tú, Amos, escucha de momento, y nada más.

—Pero jefe, es que ese bocazas...

—Ya basta —se irritó Mallory—. Blake, no enfurezca a mi gente o lo pasará peor aún. Ya ve que trato de ser condescendiente con usted. Pero ¿por qué no empieza la historia por el principio, y así nos entendemos mejor los dos?

—¿El principio? —Me encogí de hombros, con escepticismo que tenía mucho de amargo—. Si supiera yo mismo cuál fue ese principio... Creo, teniente, que todo empezó para mí el día que conocí a Sharon Crawford.

—Pues entonces, empiece por ahí —bostezó, mirando su reloj de pulsera, grande, feo y barato—. Le concedo una hora para que explique cuanto recuerde. No voy a interrumpirle. Pero tampoco le garantizo que crea todo lo que va a contarme.

—¿Y después del relato? —quise saber—. ¿Me soltará, aunque sea provisionalmente, o piensa acusarme formalmente de asesinato y llevar esto hasta el final?

—Eso dependerá de lo que me cuente. Y de algunas cosas más —se frotó el mentón como si le hubiera picado un mosquito—. Vamos, empiece y no se preocupe por lo demás. Sólo busco la verdad. Los periódicos están dando mucha importancia a ése crimen. Y mis superiores también. Hay demasiados crímenes sin resolver en Nueva York últimamente, y éste, por brutalidad, parece que ha colmado la medida. Si su verdad me convence, no le apretaré la soga al cuello, descuide. Pero si usted es culpable, no

pararé basta verle tostado en la última parrilla que cualquier ser humano desea conocer en este Estado, Blake.

—Está bien, teniente —resoplé, moviendo la cabeza con desaliento—. No sé si mi verdad va a convencerle, pero es la única que tengo. La única que existe, la crea o no. Mi historia empieza, en lo que a Sharon Crawford se refiere, el día en que ambos nos conocimos. Casualmente, coincidimos en el mismo lugar por motivos muy parecidos. Ella buscaba una oportunidad de ser «estrella». Yo, una oportunidad para estrenar mi manuscrito. Recuerdo que era una mañana fría y estaba nevando en Nueva York, a finales del pasado invierno. Sharon aún traía su delicioso aire provinciano, y yo supongo que tampoco ofrecía mucha mejor apariencia en el mundillo escénico de esta ciudad. Eran aproximadamente entre las diez y once de la mañana, la nieve arreciaba en las calles, y ambos teníamos una cita con el representante de la señorita Lancaster, la productora teatral de Broadway, el famoso y estrafalario Oscar Siegel, en sus oficinas de la Calle Cuarenta y Dos, justamente al lado del teatro *Playground* de Broadway, donde por entonces representaban *Seven Seas Star*...

A medida que hablaba al teniente Mallory, en aquella apestosa y desagradable pocilga de la comisaría, mi mente iba evocando los momentos mencionados, como si volviera a vivirlos con toda su intensidad.

Cuando Sharon Crawford estaba llena de vida y no luego estrangulada y corroída por el ácido, en un cajón de la Morgue. Cuando yo, Richard Blake, no era todavía un sospechoso de asesinato, sino simplemente un provinciano más, intentando abrirse camino en esta ciudad de conquista que es Nueva York, en uno de sus más difíciles ámbitos: el del mundo del espectáculo...

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba nevando mucho en aquel momento.

Ella y yo casi chocamos al empujar las puertas de las oficinas simultáneamente, no sé si por nuestro común afán de huir del frío exterior, o sólo porque, deseábamos fervorosamente alcanzar la oportunidad de ser recibidos por el grande, inaccesible, y para nosotros, casi mítico personaje llamado Oscar Siegel, representante artístico de la empresa de Lorna Lancaster, la primera empresaria del teatro musical de Broadway.

Lo cierto es que tropezamos al empujar las pesadas vidrieras y nos quedamos como dos tontos, mirándonos mutuamente, con expresión atribulada. Ella sonrió, y su sonrisa logró desarmarme.

—Lo siento —dijo—. Creo que me precipité...

—No tiene importancia —sonreí, no sé si por el frío o por simple cortesía—. Pase usted, señorita.

—Pero usted era primero. Yo corrí demasiado. Es que este día tan desapacible...

—Claro —asentí—. Hace mucho frío. Entre, por favor. No importa quién pase antes. El señor Siegel nos recibirá, si es que realmente nos recibe, por riguroso turno.

—Yo tengo hora de visita... —argumentó la muchacha pelirroja con expresión luminosa.

—Yo también —suspiré—. Pero alguien me dijo que eso no siempre sirve. A veces, le recibe a uno el asesor artístico y literario de la empresa. Y entonces, no hay nada a hacer.

El original o la actuación del artista, duermen el sueño efe los justos en un archivador lleno de polvo.

—Pues sí que es usted optimista —comentó ella con desagrado, mirándome de soslayo, ya en la confortable atmósfera de las

oficinas, dotadas de radiadores de calefacción. Se frotó las manos, mirando luego al exterior, donde los copos nevados caían como confeti en una fiesta de aniversario, pero con mucha más gelidez y menos alegría, blanqueando las calles habitualmente grises, angostas y como cortadas a pico en una cordillera de cemento, hierro y vidrio.

—La vida no me enseñó precisamente a ser optimista —le hice notar, subiendo junto a ella los escalones de la vivienda, hasta su planta destinada a oficinas teatrales—. Y menos aún en Nueva York.

—¿No le gusta esta ciudad? —se interesó.

—La encuentro abominable. Pero a la vez tiene algo perverso que le atenaza a uno. Tal vez sea el afán de llegar muy alto. Por encima de esos rascacielos, hasta alcanzar un luminoso que deslumbre a toda la ciudad.

—Ése es un sueño. El que tenemos todos.

—Sí. Incluso en Nueva York se puede soñar. Es lo único que no nos prohíben en este lugar de miseria, dificultades y problemas.

—Sigue siendo muy pesimista —rió ella, mirándome divertida—. La verdad es que yo comparto una habitación con una corista de *vaudeville*, he trabajado sólo unas semanas de camarera, y me echaron por abofetear a un tipo que me tocó el culo. En todos los negocios, el cliente siempre tiene razón aunque le meta mano a una. Envié todo eso al demonio, y decidí probar suerte como artista. Es lo que estoy haciendo ahora.

—Vaya. Y ha conseguido que el gran Oscar Siegel la reciba para una audición.

—Exacto. ¿Usted no?

—Sí, claro. Tengo mi hora de cita a las diez y treinta minutos.

—Yo a las once menos cuarto.

—Vaya... —resoplé—. Siegel no me concede demasiado tiempo para leerle mi obra.

—No se lamente —rió la muchacha—. Sé que hay otra chica citada a las once en punto. Yo tampoco podré cantar ni bailar demasiado.

—¿Sabe realmente cantar y bailar? —me interesé.

—Sólo soy una aficionada. Pero creo que me defiende.

—Y además, es joven y bonita —ponderé—. Y tiene buen tipo. Puede que también llegue a tener la suerte suficiente. Se la deseo.

—Gracias —habíamos llegado a una antesala repleta de gente que esperaba ser recibida por Oscar Siegel. Una secretaria, ante su máquina, comía con olímpico desprecio un sandwich de queso y jamón, mientras leía la página de modas del *Herald Tribune*.

—¿Usted escribe?

—Sí —asentí.

—¿Letra o música?

—Letra. La música es también de un amigo, pero está ahora al otro extremo del país, en un hospital de San Francisco. Regresó herido del Pacífico. Estuvo en la campaña hasta el fin. Escribió la partitura antes de ir al frente. Y aún sigue en mi poder. No he tenido demasiada suerte en estrenarla. Tal vez sea culpa de mi libreto.

—No diga eso. Tiene que tener fe en sí mismo. Y algo más de sentido optimista. No se dé por vencido jamás. ¿Es una buena revista?

—¿Qué espera que le diga yo? Para mí, es espléndida. Pero son otros los que han de decirlo.

—¿Cómo se llama?

—«*Blues para una estrella*». Tiene un gran papel femenino. Capaz de consagrar a alguien.

—Sería maravilloso que usted pudiera estrenar su obra... y yo protagonizarla, ¿no cree? —me sugirió aquella bonita muchacha pelirroja con increíble optimismo.

Claro, yo entonces no podía saber que estaba siendo profética hasta lo increíble. Y que su fantástica idea iba a ser pronto una realidad...

* * *

La verdad es que, en principio, nuestras respectivas pruebas tuvieron todo el aspecto de un fracaso total. La muchacha, que se llamaba Sharon Crawford y venía de una pequeña ciudad del Medio Este, donde había dejado una hermana y un cuñado sin hijos, pendientes de su posible carrera esplendorosa en la gran ciudad, recibió la respuesta habitual, consistente en dejar sus señas y sus datos, Para ser llamada «cuando hubiera un puesto para ella». Era la frase estereotipada de costumbre en tales casos. Un modo

diplomático de enviarle a uno al diablo.

Yo no tuve mejor suerte. Me despacharon en justamente diez minutos, diciéndome el propio Oscar Siegel, que escuchó mi lectura inicial de tres cuadros de mi obra retrepado en su asiento, con un enorme cigarro habano entre sus dedos y la mirada perdida en las mil y una fotografías que decoraban las paredes de su despacho, que dejase el original allí, junto con la partitura, y sería informado oportunamente por sus asesores. Le dejé mis señas, y me largué, seguro de recibir a las dos o tres semanas, en un paquete de impresos, ambos originales devueltos con una amable y fría nota.

Para pasar el mal trago lo mejor posible, invité a almorzar a Sharon Crawford conmigo, en un restaurante inmediato, no demasiado caro, aunque tampoco excesivamente barato. Tomamos un almuerzo sencillo, bebimos una copa de vino, y nos despedimos, porque ella no parecía querer complicaciones en su vida por aquellos tiempos.

Estuve seguro, al verla subir a un autobús en la parada inmediata, entre remolinos de nieve y unas ráfagas de viento helado que calaban hasta los huesos, que nunca más vería a esa muchacha en el resto de mi vida.

Me equivocaba. Yo no era profético como ella. Lo cierto es que volví a verla. Y eso fue cuando recibí un telegrama Urgente firmado por la propia Lorna Lancaster, justo cuando los diarios publicaban que su teatro, el *Playground*, cerraba sus puertas aquella primavera, a causa de un conflicto con los autores de *Seven Seas Stars*, que retiraban su obra del cartel junto con la *vedette* que ellos mismos habían encumbrado.

Allí, en el despacho de Lorna Lancaster, la gran empresaria de Broadway, íbamos a encontrarnos ambos, para una circunstancia tan feliz como inverosímil para mí.

El estreno de mi obra, «*Bines*» para una estrella, justamente un mes más tarde, en el propio *Playground* de Broadway.

* * *

—¿El estreno?

—Eso dije —afirmó bruscamente Lorna Lancaster, aquella mujer elegante, alta, sobria, de pelo gris plata, de vestidos sofisticados,

amoldados a su larga y enjuta figura, paseando por el suntuoso despacho repleto de detalles barrocos decorativos, sin desprender de sus delgados labios la larga boquilla de ámbar, con un cigarrillo humeando a su extremo—. El estreno, señor Blake. Voy a estrenar su obra, aunque le parezca increíble. Y lo que es más: voy a hacerlo con una nueva «estrella» que nadie conoce. Voy a cometer la torpeza tal vez sin precedentes en el mundo del teatro, de estrenar a un novel, con una figura en escena a quien tampoco conocerán los aficionados. Es como un suicidio, señor Blake, le voy a ser sincera. Pero me gusta jugar fuerte cuando veo que estoy perdiendo. ¿Qué dice a ello?

—Que me parece increíble —fue lo único que se me ocurrió manifestar.

—Exacto —ella me miró con cierto agrado, tal vez divertida por mi sinceridad al responder. Recuerdo que tenía sus ojos de un color tan ambarino como su boquilla, pero infinitamente más duros y brillantes, tras las pestañas evidentemente postizas, que emergían de sus párpados sombreados—. Es increíble. Me gustan las cosas increíbles, muchacho. He tenido un conflicto con otro autor que se cree un dios en Broadway y que tal vez lo sea. Pero yo considero que no hay nadie imprescindible, ni en el mundo del teatro ni en ningún otro. Quiero devolverle golpe por golpe. Probarle que el *Playground* se puede llenar con unos nombres desconocidos, y que la crítica puede volcarse con una obra anónima en la que ninguna otra empresa, salvo la de Lorna Lancaster hubiera creído jamás. Me he leído en estos últimos días casi cien obras distintas, almacenadas en el archivo de mi agente, Oscar Siegel. Desgraciadamente, noventa y nueve de ellas eran pura bazofia. Empezaba a sentirme vencida, cuando surgió la número cien.

—¿La mía? —suspiré, sin quitarle los ojos de encima.

—La suya —afirmó ella, rotunda—. Sí, muchacho. La suya. Ésa es la que se va a estrenar. Los ensayos habrán de ser forzosamente breves. Ya he encargado los decorados y figurines. La compañía está virtualmente formada. Es la misma de antes. Pero hace falta una «estrella». Una nueva figura en la luminaria de esta gran mentira de candilejas y bambalinas que es Broadway. La obra, la tengo. La «estrella», no.

—¿No? —Enarqué las cejas—. ¿Entonces...?

—Espere —me cortó, con su habitual energía, alzando una mano larga, huesuda, de ademanes entre aristocráticos y dominantes—. Hay cinco jóvenes ahí afuera. Son las cinco que obtuvieron mejor puntuación durante sus actuaciones ante mi agente Siegel. De entre ellas, tiene que salir la nueva «estrella». Eso... o mi ruina. Es lo que está en juego en estos momentos, ¿se da cuenta?

—Sí —tragué saliva—. Claro que me doy cuenta. Yo no puedo ayudarla en eso...

—Eres autor teatral, ¿no? —me espetó ahora, tratándome con mayor familiaridad. Había en su voz, en sus ademanes, algo varonil, hombruno, pese a su apariencia elegante y señorial, de dama de alta sociedad. Ese algo intimidaba—. Pues bien: tienes que demostrar que eres algo más que un simple emborra papeles con más o menos ideas sobre el teatro musical. Escucharás y verás a las aspirantes. A todas. Y votarás conmigo por la que consideres capacitada para ocupar el primer puesto en la compañía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contesté. ¿Qué otra cosa hubiera dicho nadie a la mujer audaz que se atrevía a presentar en Broadway la obra de un novel, con una figura ignorada hasta entonces? Creo que en ese momento, si Lorna Lancaster me hubiera pedido ir con ella al mismo infierno, hubiera dado la misma respuesta sin la menor vacilación.

—Entonces, adelante. —Lorna pulsó un timbre de su mesa, y poco después, comenzaba el desfile de aspirantes.

Ninguna de ellas sabía a lo que iba. Habían sido citadas para una segunda prueba, y las hacía soñar con un puesto en el coro, cuando menos. Sus ilusiones estaban a tope. Creo que todas lo hicieron lo mejor posible.

Las cinco estuvieron brillantes, tanto cantado como bailando piezas clásicas del teatro musical de Broadway. La quinta era ella. Sharon Crawford. Me quedé perplejo.

Inicialmente, me sentí inclinado a ella. Quise ayudarla, y le di la próxima votación, seguida por una muchachita rubia y encantadora llamada Betsy Grant, de piernas increíblemente bonitas.

Lo curioso es que no la favorecí gran cosa en realidad. Porque también Lorna le había dado la puntuación mayor. Al comparar nuestros informes, era obvio el resultado final: Sharon Crawford ganaba por más de seis puntos a su inmediata seguidora, la rubita

Betsy Grant.

—Creo que ya tenemos «estrella» —me dijo Lorna Lancaster, mirándome críticamente a los ojos, como si me preguntara sin palabras por qué había dado mi mayor puntuación a la pelirroja—. ¿No es cierto, muchacho?

—Sí, creo que sí, a menos que estemos totalmente equivocados —dije yo, ignorante por entonces de que la empresaria había votado a Sharon solamente porque le gustó como mujer. Después de todo, Lorna Lancaster era lesbiana. Tardé pocos días en saberlo.

* * *

«*Blues*» por una estrella se anunció para su estreno a principios del mes de mayo, en la fachada del *Playground* y en todos los rotativos de Nueva York, especialmente en los dedicados al mundo del espectáculo, como *Variety*, *Limelight* o *Stee News*.

Adam Talbot, mi colaborador, me envió un patético telegrama desde el hospital de veteranos de guerra mutilados, en el Pabellón de Recuperación de San Francisco, cuando recibió mis noticias del ansiado e increíble estreno de *nuestra* obra. Esperé que, cuando menos, todo sirviera para acelerar la recuperación de su vida normal, truncada por el azote brutal de la metralla y de la guerra, allá en Guadalcanal. Ahora, que acababa de terminar esa contienda terrible^[1], el país todavía estaba recuperándose de muchos traumas, cicatrices y heridas sangrantes. Todos los que, de un modo u otro, habíamos participado en aquella guerra, deseábamos olvidar. Pero a veces, eso no dependía sólo de uno mismo.

Lorna Lancaster estaba empeñada en hacer una auténtica «estrella» de Sharon Crawford. Gacetillas, fotografías publicitarias, entrevistas en radio y prensa y todo eso, iban inculcando al neoyorquino el nombre y el rostro, cuando no la espléndida figura, de una luminaria futura, hasta entonces desconocida por todos: Sharon Crawford.

Yo colaboré en ello cuanto pude, hablando de Sharon en toda entrevista que se me hacía, o fotografiándome a su lado en estrenos cinematográficos y teatrales, en ensayos, sobre el escenario del *Playground*, o en fiestas dadas generosamente por Lorna Lancaster a la sociedad y, por supuesto, a los críticos teatrales de Nueva York.

Fue así como conocí a Lester Shamrock, el crítico del *Variety*, la pluma más afilada y temida de toda la crítica neoyorquina.

—¿Está seguro de que la obra de un novel puede triunfar, por buena que sea, con una figura desconocida al frente del elenco? — Fue la pregunta que me hizo, apenas nos presentaron en una de las fiestas de Lorna Lancaster, mirándome burlón por encima de su copa de champaña.

Era un hombre alto, fornido y cínico, que me recordó vagamente a George Sanders, aunque su rostro no se pareciese en nada al actor, ya que Shamrock era más tosco y vulgar. El *smoking* no le sentaba mal, pero parecía tan incómodo dentro de él como si luciera un traje de arpillera.

—Estoy seguro de algo, señor Shamrock —le contesté secamente, alzando mi propia copa en alto, como en un brindis—. Si mi obra llega a triunfar realmente en un escenario, es porque la interpretará precisamente Sharon Crawford.

El se limitó a mirarme con ojillos entornados y sarcásticos, se encogió de hombros y manifestó, empezando a alejarse de mí:

—No sé si es usted un iluso provinciano falto de criterio, o un gran embustero, jovencito... Pero en ambos casos, me resulta casi despreciable.

Ése fue mi primer encuentro con Lester Shamrock. Entonces aprendí la primera lección también sobre la fama del célebre crítico teatral de Nueva York. Más tarde, tendría ocasión de confirmarlo en nuevas lecciones sobre la pretendida superioridad de aquel cínico y venenoso individuo.

Que, por cierto, tampoco escapó, andando el tiempo, a los encantos de Sharon. Y, como yo mismo, o como Lorna Lancaster, acabó enamorándose de ella. O deseándola, que venía a ser casi lo mismo...

CAPÍTULO II

La obra se iba a estrenar aquella noche. Creo que nunca olvidaré ese día, por mucho tiempo que viva. Dentro del teatro, como todos los días de ensayo general, previo al estreno, los nervios andaban sueltos, tanto en el escenario como fuera de él.

Lorna Lancaster supervisaba el montaje, dirigido como era habitual en su teatro, por Oscar Siegel en persona, aunque creo que Lorna era mucho más autoritaria y activa que él en semejante tarea. Las chicas, arriba en las tablas, se esforzaban por acoplarse en evoluciones que, posiblemente, fueran un éxito cuando se alzara el telón a teatro lleno. Pero que a mí me parecían tremendamente confusas e inseguras.

Lo cierto es que las localidades estaban agotadas, las luces rotulaban fuera, en la fachada del local, en medio de aquel resplandeciente caos de colores y bombillas, de parpadeos y guiños de luz que era el gran Broadway de las noches grandes de estreno.

Y en escena, todavía, faltando solo dos horas para alzarse el telón, mientras todos reponíamos fuerzas con algún emparedado y unas cervezas, los nervios iban sueltos, en una tensión casi insoportable.

Oscar Siegel daba voces destempladas, cada vez que un foco, un efecto o una evolución de las chicas salían mal, cosa que ocurría con excesiva frecuencia. Al final, Lorna fue la única en demostrar serenidad en medio de tanto maremágnum, dando una repentina orden escueta, que retumbó en toda la platea vacía, a punto de llenarse en escaso período de tiempo:

—¡Basta, chicas! Descansen veinte minutos. Creo que lo necesitan. Todos lo necesitamos. Tomen algo, no demasiado. Luego les costaría digerirlo. Nos espera una dura noche, pero no me fallen,

por favor. Están demasiadas cosas en juego para permitirnos el lujo de un fracaso inicial. Usted, Sharon, venga conmigo un momento. Quiero decirle algo.

La llevó aparte, cogida de un brazo. Ambas se pusieron a hablar a un extremo del escenario, mientras las chicas, aliviadas, corrían a pedir al mozo de servicio del ambigú unos emparedados ligeros y algo de beber.

—Creo que esto va a ser un fracaso rotundo —dijo una voz a mis espaldas, en la platea.

Me volví. Escudriñé entre las butacas tapizadas de rojo oscuro, hasta dar con el individuo de bastón negro con empuñadura de plata, impecable traje gris cruzado, sombrero color perla y expresión ambigua, retrepado en una de las butacas.

Debí imaginarlo antes de verle. Era mi segundo encuentro con Lester Shamrock, el crítico del *Variety*. Se mostraba tan desagradable como la primera vez.

—Quizá —admití, dominándome—. Pero me gustaría que se tragara esas palabras.

—Jovencito —me miró como si yo fuese un espécimen especial en determinada fauna despreciable para él—. Además de necio, demuestra usted ser ciego. ¿Sabe lo que significaría una mala crítica mía, mañana en mi periódico? Posiblemente su ruina, la de Lorna Lancaster... y la de esa bella jovencita con poca voz y buen tipo, llamada Sharon Crawford.

—Lo sentiría por Lorna Lancaster, por Sharon Crawford y por la compañía —le repliqué belicoso, inclinándome hacia él por encima del respaldo de mi propia butaca—. Pero personalmente, me tiene sin cuidado. Esto es como un milagro para mí. Puedo triunfar o fracasar. Es sólo una aventura y nada más. Si ocurre lo peor, no habré perdido nada. Pero usted habrá condenado al desastre a un puñado de gente honesta que lucha por sobrevivir en esta sucia jungla de asfalto que es la ciudad. Si eso le enorgullece, me demuestra que es usted peor que un gusano. Y yo a los gusanos, acostumbro a aplastarlos con el pie, Shamrock.

Se quedó mirándome fijamente, la barbilla apoyada en el puno de plata de su bastón, como si no pudiera entender que un novel, habitualmente servil con aquellos de quienes depende su futuro, pudiera Soltarle una andanada así. Al fin se encogió de hombros,

suspiró y me hizo una pregunta ambigua:

—Realmente, Blake, ¿qué clase de tipo es usted? ¿Un ingenuo o un luchador violento?

—Ambas cosas, quizá. Pero la ingenuidad se pierde a gol pes de adversidad, Shamrock. Y sus golpes podrían molestarme demasiado si no son justos.

—¿Quién le asegura que no van a ser justos? ¿O cree que ha escrito *La miel*?

—No. He escrito una basura. Una comedia musical como tantas otras. Absurda y sin sentido. Pero tengo el grave pecado de ser novato en este mundillo sucio y cruel, donde gentecilla como usted, amargada y venenosa, se venga en los demás de su propia impotencia para triunfar en la vida.

—¿Sabe que se está jugando su futuro en este momento? —Silabeó, sin quitarme los ojos de encima.

—Lo sé. —Afirmé. Me puse en pie—. Voy a tomar algo, lo que sea. Empiezo a sentir náuseas. Puede que sea por tener el estómago vacío. O puede que no...

Le dejé allí, apoyado pensativamente en su bastón, quizá por primera vez indeciso sobre sus reacciones, porque yo no había resultado ser el novel que busca una buena crítica a costa de humillarse. Y eso siempre se paga cuando uno choca con periodistas como Shamrock. Que, desgraciadamente, abundan más de lo conveniente. Pero así es este mundo del espectáculo, y hay que aceptarlo o dejarlo.

Un emparedado de pollo y lechuga, con una cerveza, me devolvieron la moral perdida. Betsy Grant, aquella rubita de bellas piernas, pasó ante mí, con un suéter verde y un *short* blanco, con zapatos de tacón alto. Lo había hecho muy bien aquel día en la prueba. Por eso obtuvo un puesto en el conjunto del *Playground*. Me miró sonriente.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí—. ¿Todo va bien?

—Muy cansada —susurró ella—. Creo que esta noche caeré en la cama como un fardo. Ya ni siquiera noto mis piernas.

—No se preocupe. Los demás sí las notan. No podrían evitarlo. Y eso es lo que cuenta en este negocio, por lo poco que de él he podido ver.

—Gracias —me dijo con suavidad. Tenía unos ojos azul oscuro, realmente sugestivos—. Le deseo mucha suerte esta noche, Blake. Y no sólo por mi empleo, sino por su obra. Realmente, es agradable y divertida.

—Gracias —suspiré. Esto compensaba de cosas como los alfilerazos ponzoñosos de Lester Shamrock, o los miedos financieros de Lorna Lancaster, que seguía charlando con Sharon Crawford, allá al otro lado del escenario, apretando sus delgados dedos con demasiada fuerza sobre el brazo bien torneado de la pelirroja *vedette*—. Ojalá sea así. Por todos.

Betsy se alejó para reunirse con las demás, porque ya estaban siendo llamadas a escena tras breve refrigerio. Me quedé pensativo, mordiendo mi emparedado y apurando mi botella de cerveza fría. Entonces chirrió a mis espaldas la puerta trasera del escenario, y oí por vez primera la voz de un hombre a quien luego odiaría profunda y cordialmente, hasta el mismo día de la muerte de Sharon Crawford, e incluso un poco más allá...

—Perdone, joven. ¿La señorita Lancaster, por favor?

Me volví. Un hombre flaco, bien vestido, de cabellos blancos, bigote fino y también canoso, ojos grises inquisitivos y un tresillo de diamantes en su dedo anular derecho que debía valer una fortuna, estaba ante mí, quitándose su sombrero de alto precio, un modelo adquirido sin duda en una tienda especializada de la Quinta Avenida.

Le dije dónde encontrarla. Yo no sabía entonces que este hombre, el millonario Samuel Zimbalist, iba a quitarme toda posibilidad de idilio con Sharon Crawford.

Aún no conocía a nuestra nueva «estrella», salvo por fotografías. Pero era un especialista en proteger a famosas figuras del espectáculo. Podía permitirse ese lujo con todas sus industrias, negocios y millones en los Bancos.

Yo no podía suponer en aquel momento que su intención al visitar el teatro en pleno ensayo general no era ver a Lorna Lancaster, vieja conocida suya, sino en iniciar su relación con Sharon, la nueva luminaria de Broadway.

Y esa relación, en breve tiempo, iba a llegar a hacer de ella su amante... y de mí su enemigo. Porque tras aquella figura aparentemente señorial, fina y elegante, se ocultaba la personalidad

de un ser duro, cruel y brutal incluso, habituado a toda clase de perversiones sexuales y que consideraba a la mujer por hermosa e importante que fuese, un simple juguete en manos de un hombre vicioso y degenerado. Pero lo bastante rico para ser considerado como honorable por la sociedad de Nueva York.

No supe por qué. Pero apenas verle, estuve seguro de que iba a aborrecerle. Y de que él y yo seríamos enemigos mortales. Fue solo puro instinto. Y resultó cierto.

* * *

Separé mis labios de los de ella. Sus ojos brillaban radiantes. El champaña, en las copas, era como oro líquido, refulgiendo bajo las luces del club nocturno. Había música suave de fondo de nuestra conversación en aquella discreta mesa. Música de alguna película de éxito. Creo que era la banda sonora de Cyril Mockridge, para *I wake up Screaming*, llamada también *Hot Spot*^[2]. Una especie de sinfonía de Manhattan o algo así, con cadencia de *blues* y técnica de *jazz*.

—Es nuestra gran noche, Sharon —dije con voz queda.

—Sí, Richard —asintió ella sin quitar sus ojos de mí—. Y todo gracias a ti.

—No digas eso. El estreno ha sido un éxito fabuloso. Pero de no estar tú en escena, creo que no hubiera llegado ni a la décima parte.

—Exageras. La obra es buena. Y tú hiciste posible que yo fuese la elegida. Tu votación decidió a Lorna Lancaster.

—No lo creas. Ella también te dio la máxima puntuación.

—Es distinto —desvió ahora sus ojos.

—¿Distinto? —Enarqué las cejas—. ¿Por qué?

—Tú eres un hombre de buena fe, Richard —me dijo sorprendentemente—. No estás maleado. No sabes cómo es la gente en esta ciudad, en este mundillo nuestro. Nadie da nada por nada.

—Temo no entenderte.

—Mejor. Dejémoslo así, ¿quieres? Tú lo has dicho antes: nuestra noche. Gocemos de ella. Bailemos. Divirtámonos, luego... quisiera llevarte a mi nuevo apartamento, tomar una copa contigo...

—Espera, Sharon. Me gustaría saber qué pretendías sugerir. Lorna Lancaster estuvo hablando contigo largamente durante esta

tarde. ¿Te dijo algo especial? ¿Algún reproche?

—¿Reproche? —Sharon rió de un modo que no me resultó grato—. Oh, no, nada de eso. Por el contrario. Estuvo muy amable. Quiere elevarme a la cumbre. Y seguramente lo logrará, si yo colaboro.

—Supongo que tu colaboración se reduce a tu capacidad artística, a tu belleza...

—Supones mal —me miró francamente—. Richard, no cierres los ojos a la realidad. Vivimos en un mundo de ficción. Aquí no es la propia valía lo que cuenta, sino las oportunidades que te dan. Sin el apoyo de otros, seguiría en la mediocridad. Prefiero escalar altos puestos.

—¿A costa de lo que sea?

—A costa de lo que sea —afirmó ella, rotunda.

Empecé a entender. Y casi me dio asco.

—Eh oído decir que Lorna es lesbiana —dije—. Le gustan las chicas.

—Es verdad.

—Y tú...

—Sí —afirmó, rápida. Puso sus dedos sobre mis labios—. Por favor, ni un reproche. Nada de nada. Sólo somos amigos. Buenos amigos, Richard. No estropees esa amistad. Creo que tengo derecho a elegir mi camino, aunque siempre te guarde un recuerdo de afecto y de gratitud. Lorna pesa mucho en el mundo del espectáculo.

—Y tienes que acostarte con ella.

—¿Qué más da un hombre que una mujer? —dijo con escalofriante sencillez—. Haré lo que sea con tal de llegar a la cumbre, Richard.

—¿Lo que sea? —repetí.

—Lo que sea —insistió ella, tajante. Luego, sonrió. Alzó su copa—. Bebamos, querido. La noche hay que aprovecharla, puesto que nos pertenece. Toda entera, Richard. Hasta el nuevo día. Hasta que el sol brille sobre esta ciudad y las primeras críticas aparezcan en los periódicos...

Aprovechamos aquella noche. Era imposible rechazar a una mujer como Sharon cuando le pedía a uno algo. Y si ese algo era gozar de su cuerpo y de sus caricias, nadie en Nueva York ni en el mundo entero se hubiese podido negar. Yo tampoco.

Pero al otro día, supe que aquélla había sido mi primera y última noche con ella. Ramos de flores y obsequios costosos de Samuel Zimbalist empezaron a llover sobre ella. Las críticas eran más que elogiosas, incluso Lester Shamrock la puso por las nubes. Los días siguientes, Sharon Crawford salió a menudo con Lorna Lancaster, y empezó a lucir costosas joyas, suntuosos abrigos y conjuntos de famosos modistos de la Quinta Avenida.

La pugna entre Lorna y el millonario Zimbalist, decantóse al final a favor de este último. Sharon debió cansarse de los favores de otra mujer. Las relaciones entre Lorna y ella se hicieron tirantes. Todo el mundo podía notarlo en el teatro.

Pero Zimbalist era un hombre muy rico, y había anunciado su propósito de invertir una suma respetable en otro futuro espectáculo para Sharon. Lorna me lo encargó a mí, y yo telefoneé a Talbot para que pudiéramos ponernos de acuerdo libretista y compositor y crear otra nueva comedia musical de éxito seguro. Era nuestra gran oportunidad de afianzar lo que no había hecho más que iniciarse: nuestro triunfo como autores teatrales.

Fue en ese fin de semana, precisamente, cuando ocurrieron dos sucesos que, inevitablemente, iban a tener una trascendencia decisiva en nuestras vidas y en nuestro futuro.

El primero de ellos, fue la repentina e increíble decisión de Sharon Crawford, rechazando mi nombre y el de Talbot para firmar la siguiente obra a estrenar. Quería una obra de un autor famoso, de Avery Robbins, triunfador en Broadway en diversas ocasiones, aunque últimamente estaba en un claro bache y sus obras últimas habían sido fracasos rotundos.

—Lo siento, Richard —me dijo Sharon crudamente cuando le pedí explicaciones en su camerino por esa causa—. Sam y yo hemos decidido ya sobre eso. El no pondrá su dinero en una obra vuestra, sino en una de Robbins. Está resuelto. Es inútil discutirlo.

Salí de allí dando un portazo violento. En el corredor me crucé con el propio Zimbalist, que, al verme salir del camerino con tales modos, cometió el error de sujetarme con mano firme por un hombro, interpelándome con aspereza:

—Escuche, jovencito, si ha molestado en algo a la señorita Crawford, le prometo que no pararé hasta hundirle como a una rata, devolviéndole a las cloacas de donde salió...

No pude contenerme. Le arranqué la mano de mi hombro, le miré duramente a los ojos y le repliqué agriamente, con voz que pudieron oírme todos a mí alrededor:

—Ahora escúcheme usted, puerco adinerado. Ni su cochino dinero ni su influencia rúe preocupan. Puede que yo venga de las cloacas, como usted dice, pero quisiera saber de qué vertedero procede usted, y con qué sucias maniobras y corrupciones consiguió todo lo que hoy tiene...

Y pasé junto a él como una centella, provocando la caída del hermoso y carísimo ramo de flores que llevaba en la otra mano, para obsequiar a su nueva amante.

Sé que en ese momento me gané un enemigo peligroso. Pero también obtuve una profunda satisfacción personal.

Ése fue el primero y desagradable suceso de aquel fin de semana.

El segundo, fue el ataque sufrido por Sharon, a manos del «maníaco del vitriolo», precisamente aquella misma noche...

CAPÍTULO III

Fue un grito agudo, desgarrador, el que nos señaló la trágica circunstancia.

Se conmovió todo el teatro. Yo recuerdo que estaba entre bastidores cuando ocurrió, y levanté la mirada hacia la primera planta de camerinos, de donde llegara el grito de mujer.

Después, el grito se repitió, mezclado con el golpe de una puerta y el ruido precipitado de pasos en fuga. Ya alguien voceaba, cerca de mí:

—¡Es la voz de la señorita Crawford! ¡Viene de su camerino!

En el escenario, donde evolucionaban en ese momento las muchachas del conjunto, hubo una especie de conmoción, y las figuras de la danza se alteraron a causa del nerviosismo. Yo eché a correr hacia la escalera de acceso a los camerinos, seguido ya por algunos tramoyistas y actores, tan alarmados como yo.

Cuando llegamos a la planta donde se hallaban los camerinos de Sharon, del primer galán cantante y del primer bailarín, ya éstos habían salido de sus respectivos cuartos, atraídos igualmente por los gritos de mujer. Miraron hacia mí con expresión de terror.

—Pero ¿qué demonios sucede, Blake? —me interrogó el bailarín, con sus ademanes y voz de afeminado.

—Eso quisiera yo saber —gruñí, abriéndome paso casi violentamente hasta la puerta situada al fondo del corredor, correspondiente al camerino mayor y más confortable, que era el perteneciente a Sharon Crawford. Una estrella plateada, sobre la madera, llevaba dibujado encima el nombre de la primera figura.

Algo más allá, borrosamente, en la oscuridad de la escalerilla que subía hasta los telares, adosada al viejo muro del teatro, vi la figura de alguien que huía precipitadamente, encaramándose en los

tramos de hierro verticales.

—¡Cazadle! —Grité a los tramoyistas del teatro—. ¡Ha debido atacar a la señorita Crawford e intenta huir!...

Luego, abrí la puerta del camerino de un empujón. Sharon Crawford salió de él, y se arrojó en mis brazos, sollozando. Parecía realmente aterrorizada.

—Calma, calma —la traté de confortar, apretándola contra mí fuertemente—. Sea lo que sea, ya pasó. ¿Qué pretendía ese hombre, Sharon?

—Ha sido... ha sido horrible... —jadeó ella, apoyada en mi hombro, sacudida por el llanto histérico—. Ese hombre..., apareció de repente... Richard, mira, mira lo que hizo... Por fortuna... me confundió con el soporte de mi peluca... Si no... ¡si no hubiera sido espantoso, Richard!

La dejé ahora en brazos de sus compañeros de trabajo, y me adentré en su camerino. Comprendí enseguida a lo que se refería. Un colgador sostenía una bata de Sharon, de color salmón brillante, en mi biombo, parecía una forma de madera, una cabeza sobre la que ella había ajustado una de sus pelucas para la representación.

Al pie de todo ello, en el suelo, un charco burbujeaba, junto a un frasco, elevándose de él un humo acre. Ese mismo humo brotaba de la cabeza de madera, cuyo rostro se mostraba carcomido por algo derramado sobre él...

Comprendí que se trataba de vitriolo arrojado sobre la falsa cabeza. Dada la iluminación del camerino, para un intruso que tuviera que actuar de prisa, aquella bata y la cabeza con la peluca, daban la impresión real de un ser humano.

Alguien había intentado destruir con vitriolo la belleza de Sharon. Alguien que ahora escapaba por los telares del teatro. Alguien que, además, había dejado en la alfombra del camerino, junto a la puerta, un sobre cerrado, con el nombre de Sharon escrito en él, en características grandes y deformes.

* * *

El sargento Amos Goulding, de homicidios, era el que se había encargado del caso en su momento.

Y era él quien ahora, reunidos todos en el escenario, bajo la luz

vertical de los ensayos; sentados en sillas, como quien va a iniciar la lectura de una nueva obra, nos estaba mostrando la hoja de papel escrita, con expresión ceñuda en su cara ratonil.

—Miren bien esto —insistió—. ¿Están seguros de que no conocen a quien escribió estas líneas?

Negamos todos con la cabeza. Era la cuarta vez que nos preguntaba eso. El sargento Goulding, además dé estúpido, parecía bastante obstinado.

—No, sargento —rechazó vivamente Lorna Lancaster, cruzada de piernas, formando en su inevitable boquilla de ámbar y mostrando un claro gesto de desagrado en su paz desdeñosa—. ¿Cuántas veces hemos de decirle que no hemos identificado esa letra, ni hay motivo alguno para suponer que ninguno de nosotros conozca al autor de semejante agresión brutal?

—Ustedes, los cómicos, no son gente normal —dijo el sargento, con muy escaso tacto—. Forman un mundo raro. Por eso no me fío demasiado de lo que dice.

—Es un tipo inteligente, ¿eh? —comenté, refiriéndome al policía, por el que era obvio que no sentía de momento la menor simpatía.

—Cierre usted el pico —me regañó Goulding, haciendo gala de su florido lenguaje—. Sé que muchas veces se han usado trucos así en el cine y en el teatro para hacer publicidad de una obra.

—No necesitamos publicidad alguna para la nuestra —se irritó Lorna—. Tenemos el teatro lleno para dos meses, sargento.

—Está bien, está bien. Ustedes y los tramoyistas afirman que alguien escapó de ese corredor, subiendo a los telares, desde donde escapó a las azoteas vecinas, usando una ventana trasera. A pesar de que todas las azoteas están llenas de anuncios luminosos, nadie vio al tipo después, y se les fue de entre los dedos sin dejar otra huella de su paso que ese frasco de vitriolo y el mensaje aquí escrito. Todos han podido leer lo que dice. ¿Quién cree que podría sentir tanto odio por la señorita Crawford?

Recordé aquel texto breve y siniestro, trazado con letras tan desiguales y grandes como las del sobre:

«Tu belleza debe ser destruida. Es la imagen del pecado, y el pecado no debe existir. Yo acabaré con

todo lo malo que hay en ti, Sharon».

Expuse mi criterio al respecto, sin muchos rodeos:

—Sólo un loco o un desequilibrado puede sentir esa clase de odio —opiné en voz alta—. El sargento me miró con expresión hosca. Yo tampoco le caía ya bien por entonces.

—Quizá alguien pretende hacer creer eso —dijo secamente—. Podría ser un amante celoso o un admirador chasqueado.

—El comportamiento de ese hombre no es el de una persona normal —rechazó Oscar Siegel, encogiéndose de hombros—. Opino como Blake. Es un chiflado, un fanático. No cabe otra explicación.

—Además, la tarea de deducir qué clase de persona es la que me atacó, es tarea suya, sargento —le recordó con frialdad la propia Sharon, sentada en la última silla de la media herradura formada por los asientos en medio del escenario, encendiendo un cigarrillo y cruzando sus largas y bien formadas piernas con descuido—. No creo que tengamos por qué soportar todos aquí sus impertinencias.

—Muy bien —el sargento guardó airadamente el escrito anónimo—. No quieren colaborar demasiado, por lo que veo. De todos modos, sigo pensando que alguna persona conocida de ustedes arrojó ese vitriolo a la cabeza de madera con la peluca. ¿Está segura de no haber reconocido en ningún momento a su agresor?

—Sargento, cuando me volví, él asomaba en el camerino, dándome casi la espalda, convencido de que yo estaba tras el biombo, y arrojó el vitriolo, diciendo algo entre dientes que no pude entender, antes de dejar caer al suelo el frasco y el sobre, para darse inmediatamente a la fuga. Entonces grité repetidamente, pidiendo ayuda, llena de pánico, al ver humear la alfombra y la cabeza de madera. Supe enseguida que se trataba de un ácido capaz de corroer y destruir en momentos mi rostro, pero no supe quién lo arrojaba ni sospecho de persona alguna. Pero, como los demás, opino que tiene que ser un maniático.

—Su relato, señorita Crawford, no me ayuda demasiado, pero haré cuanto sea posible por localizar al culpable —dijo el sargento con tono áspero, mirando a la pelirroja con expresión poco amistosa, casi hostil—. De momento, le pondremos vigilancia durante unos días, para su tranquilidad. Otra persona del

Departamento, o yo mismo, vigilarémos el escenario, el camerino y su salida del teatro, noche tras noche. Si realmente se trata de un enfermo mental, lo podría intentar nuevamente, y hay que evitar esa posibilidad.

—Gracias, sargento —suspiró Sharon—. No me gusta la idea de sentirme escoltada, pero, dada la situación, creo que es lo mejor que se puede hacer. Le estoy muy reconocida por su interés en protegerme, créame.

—Cumpla simplemente con mi deber, señorita —se limitó a manifestar secamente Amos Guuldind, encogiéndose de hombros, sin mirar a Sharon, cuya belleza parecía traerle perfectamente sin cuidado—. Ya pueden retirarse, señores. De momento, he terminado.

Nos separamos, nada ilusionados con los resultados que un funcionario de policía tan rutinario y poco imaginativo como el sargento Goulding pudiera conseguir en aquel feo e inquietante asunto del agresor del vitriolo.

Fue la primera vez que peligró el físico y tal vez la vida misma de Sharon Crawford. Entonces, ninguno podíamos saber, ni tan siquiera imaginar, que sólo una semana más tarde, a principios del mes de junio, todo iba a ser mucho peor.

Y en esta ocasión, nada ni nadie salvaría a Sharon Crawford de la muerte. Y del vitriolo vengativo...

* * *

Junio empezó demasiado caluroso.

Pero ello no restaba público a nuestra obra. Antes al contrario, la venta de localidades iba en aumento, aunque Lorna Lancaster, tentada por la generosa oferta económica de Samuel Zimbalist para financiar una obra de gran espectáculo, había fijado el mes de setiembre como último de la temporada, para luego cerrar durante un mes, y abrir en octubre con la nueva obra de Avery Robbins, que ya estaba trabajando en el encargo.

Había informado a mi colaborador, Adam Talbot, de la marcha adversa de los acontecimientos y él, con su inquebrantable moral acostumbrada, se limitó a darme ánimos y aconsejarme que confiase en el futuro, por negras que fueran las apariencias. No me

convenció en absoluto, pero me sentí algo más reconfortado tras hablar con él a tan larga distancia.

—Es injusto retirar la obra con la marcha que lleva en cartel —dijo aquel caluroso viernes de junio Oscar Siegel, tras mostrarme las hojas de liquidación de la venta anticipada de localidades—. Pero Lorna manda, y así lo ha decidido ella. Evidentemente, los dos millones de Zimbalist pesan lo suyo en esto.

—¿Dos millones? —Silbé entre dientes—. ¿Todo ese dinero pone ese pájaro en el negocio?

—Sí. Está chiflado. Ha tenido líos con muchas figuras, pero ninguno como éste, te lo aseguro, muchacho. —Siegel me miró, pensativo—. Si tenías alguna esperanza con la chica, olvídala. Conozco las chicas como Sharon. Sólo buscan eso: fama, dinero fácil, joyas y modelos exclusivos. No son malas. Son ambiciosas. No puedes competir con ese tipo, aunque seas el muchacho más atractivo del mundo.

—He empezado a darme cuenta de ello —dije con sarcasmo—. Zimbalist quiere hacer de ella una auténtica super-estrella. Y sin duda lo logrará. No por su dinero solamente, claro está. Sharon tiene condiciones. Es una gran figura de la escena.

—La quieres, ¿verdad? —me preguntó el hombre de confianza de Lorna Lancaster.

—Sí, creo que sí —admití amargamente, bajando la cabeza.

—No es para avergonzarse, muchacho —sonrió Siegel cansadamente—. Lo cierto es que casi todo el mundo se enamora de Sharon. Es hermosa, atractiva, sensual, tremendamente femenina... Pero es poco escrupulosa, Richard. No le importa cómo conseguir algo, si realmente lo consigue. Lorna la hizo una «estrella». Y tú sabes por qué, tan bien como yo.

—Prefiero no saberlo, Oscar —le confesé algo abrupto.

—Pero lo sabes. La sabe todo el mundo. Cuando a Lorna le gusta una chica, la consigue al precio que sea.

—Ya basta, por favor —le pedí, irritado, paseando por contaduría como un tigre enjaulado—. Los problemas sexuales de Lorna me tienen sin cuidado.

—Pero Sharon no tiene cuidado. Y eso es lo que pretende darte a entender. No te enamores demasiado de ella. No la idealices. No merece la pena. Ninguna chica merece la pena, y menos aún las

ambiciosas que todo lo sacrifican a su propio lucro. Tú eres un buen muchacho. Broadway aún no te ha maleado. No dejes que lo haga nunca.

—Lo de Lorna terminó.

—Claro —sonrió Siegel, con su eterno aire abstraído, mordisqueando su cigarro—. Y empezó lo de Zimbalist. Sus millones te alejarán a Sharon como a un cuerpo celeste, lejos para siempre de tu alcance. Ella acepta ese juego. Todos sabemos que paga su precio por tanto oropel. Zimbalist es un salvaje, un hombre brutal, y un vicioso. Está degradando a Sharon hasta límites increíbles. Incluso la golpea.

—¿Qué? —Me volví vivamente hacia él. Creo que palidecí en ese momento—. No, eso no es posible. Golpearla...

—Es cierto, Richard —corroboró gravemente Siegel, mirándome con seriedad—. El otro día trajo hematomas que tuvo que cubrir con maquillaje. Ayer, una luxación en el hombro. También procedía de lo mismo: golpes. Zimbalist disfruta con cosas así. Y ella debe someterse. Es el precio de la gloria, amigo mío.

—No puedo creerlo.

—Pregunta a cualquiera. Lo sabe todo el mundo. Pero no te lo digo para que sufras por ella. No lo merece. Si acepta el juego, es porque le conviene. No es la esposa de ese sádico. Podría dejarle mañana mismo. Pero ¿quién deja la posibilidad de ser en pocos meses la primera figura de todo Broadway, los abrigos costosos, los trajes caros y las joyas, además del lujoso apartamento? Sharon, desde luego, no. Y no se lo reproches. Tampoco otras lo harían. Del mismo modo que aceptaron acostarse con Lorna, aceptarían cualquier cosa para llegar aún más lejos.

No dije nada. No hice comentario alguno. Pero permanecí silencioso, dándole vueltas en mi cabeza a aquellas palabras reveladoras. Una nueva dimensión del asunto se presentaba de pronto ante mí. Sharon golpeada por un sádico morboso... Y ella lo permitía, sólo por llegar a ser alguien en aquel mundo de oropel y falsedades que era el teatro.

—No puedo entenderlo —dije, sombrío, encaminándome a la salida del despacho de Oscar Siegel en el *Playground*—. No lo entiendo...

—Te creo —suspiró Siegel—. A mí me pasaba igual al principio.

Luego, este maldito oficio de convivir con los artistas, me enseñó muchas cosas. Entre ellas, a tratar de comprender lo incomprensible. Y lo voy logrando, no creas...

Salí de allí sin responderle. Me fui a tomar unas copas por varios locales de la Calle Cuarenta y Dos, Broadway y Times Square. No pasé por el teatro esa noche, sólo para evitarme problemas. No sabía lo que haría si aquella muchacha a quien yo conocí buscando trabajo, la pelirroja y bonita Sharon, aparecía con señales de violencia, obra del cerdo de Zimbalist.

Pero el destino, o quizá mi mala fortuna, me llevó al Club 400 después de la función. Y allí tuve mi enfrentamiento con Samuel Zimbalist, el amante de Sharon.

Estaba en ese momento entrando en el club. Sharon llevaba un espléndido vestido blanco, escotado, con pedrería en sus tirantes y adornos del torso, bordeando sus bellos senos. La cabellera roja lucía esplendorosa. Iba aún maquillada. Pronto supe por qué: un cerco violáceo rodeaba su ojo izquierdo. Un hematoma pugnaba por asomar bajo la capa de maquillaje, sobre el pómulo del mismo lado.

Tras ella, Zimbalist, en impecable *smoking*, le ayudaba a quitarse un chal también blanco, de pedrería, obsequioso como un perfecto caballero. Pero yo sabía ahora la clase de individuo que era. Gentil en público, brutal y sádico en privado.

No sé cómo ocurrió. Al menos, he olvidado cómo empezó. Sólo puedo recordar que me aproximé a ellos con rapidez. Quizá el alcohol que llevaba encima influyó en mi comportamiento. Eso nunca lo sabré. Pero lo cierto es que repentinamente, me encontré justo encima del millonario, aferrándole por las solapas de su perfecto *smoking*, y le zarandeaba ante los asombrados testigos de la escena, todos ellos respetables clientes habituales del famoso establecimiento neoyorquino, que me miraron asombrados, en tanto mis voces retumbaban por toda la amplia sala repleta de trajes de noche, *smokings*, luces individuales, y decoración recargada pero muy del gusto de su clientela:

—¡Maldito y sucio degenerado! ¡Detrás de esos exquisitos modales sólo oculta una personalidad pervertida, capaz de hacer daño a toda mujer que esté a su lado! ¡Una mujer como Sharon, bella y delicada, es maltratada como una esclava, sólo porque el daño ajeno le complace a usted, repugnante sádico! ¿Por qué no se

enfrenta a un hombre para demostrar todo lo valiente que es, lo capaz de golpear a los demás, cuando ellos pueden defenderse y no son una inofensiva mujer?

—Richard, por favor —me suplicó Sharon—. No armes un escándalo aquí...

—Déjalo —cortó agriamente su compañero, mirándome despectivo—. Deja que este patán se desahogue a su gusto, querida. En realidad no trata de defenderte a ti, sino de desahogar su rencor y su rabia porque su pobre obra va a ser retirada de cartel y sustituida por la de Avery Robbins... Adelante, palurdo, ¿qué pretende con esta estúpida escena?

No le respondí con palabras. Confieso que su mueca despreciativa, su aire de suficiente, su intención de humillar, unido a las señales de golpes que apreciaba claramente en el rostro de Sharon, actuaron sobre mí de revulsivo.

Y le pegué.

Le pegué tan fuerte que saltó atrás como un monigote, estrellándose contra una mesa cercana. Los licores y combinados se desparramaron sobre las elegantes ropas de sus ocupantes, y hubo gritos de mujeres y protestas sonoras de hombres, mientras mesa, vasos y lámpara iban junto con Sam Zimbalist, dando tumbos por la pista, ante la alarmada sorpresa de las parejas bailarinas.

Apenas había sucedido eso, cuando alguien apareció a mis espaldas y, aferrándose por un hombro, me dio vuelta y me soltó un mazazo brutal al rostro, que me arrojó al otro lado de la sala. Confieso que me hizo daño, pero lo soporté bien. Me incorporé, y miré al tipo, que venía directo hacia mí, mientras Zimbalist se levantaba también, ayudado por camareros y clientes, todavía aturdido.

Evidentemente, tenía que ser un matón a sueldo de Zimbalist, uno de los «gorilas» encargados de guardarle las espaldas al muy cerdo. No me importó demasiado, aunque sin duda sería un profesional y disfrutaría con ocasiones así. Al diablo con él. Yo también sabía pegar. Había sido boxeador *amateur*, allá en mi ciudad natal. Traté de recordar ahora todo cuanto entonces aprendí.

Por cierto que lo recordé muy bien. Además de eludir limpiamente una nueva lluvia de golpes sobre mi persona, le cogí a contrapié una vez con un mazazo en el hígado. Se dobló, jadeante,

buscando aire con dificultad. Era mi momento, y no iba a desaprovecharlo.

No lo desaproveché.

Un nuevo impacto al mentón, con mi zurda, y un tercer directo de derecha, esta vez al estómago, le abatió definitivamente. Tosió, tambaleante, con la cabeza hundida sobre el abdomen, y las manos crispadas en el bajo vientre. Le solté un último zurdazo al cuello, en su nuca exactamente, y cayó como un fardo, a mis pies.

Zimbalist se había llevado una fea sorpresa con la derrota de su esbirro. Por eso me tomó miedo y cometió su mayor error. Algo chascó en su mano y vi el destello de una pequeña pero puntiaguda y afilada hoja de acero entre sus dedos. Se parecía a una lengua de reptil, pero podía ser incluso más peligrosa, si llegaba a herirme.

Eso me cegó. Zimbalist era un cobarde. Estaba dispuesto a apuñalarme, y dadas sus influencias, aunque me desangrara a navajazos, no saldría malparado de aquello.

Aferré un taburete cercano, lo alcé, y lo estrellé en su cabeza. De su mano escapó la navaja, y gritó como un cerdo en el matadero. Corrió sangre por su canoso cabello, mientras Sharon contemplaba la escena horrorizada.

Pero eso no me dejó satisfecho, y le molí a puñetazos. Pegué como si fuese un saco en un gimnasio, y creo que entonces debí dañar sus costillas. Lo cierto es que le vi caer inconsciente, y me aparté de él gracias a la intervención de unos camareros asustados.

Fui a por Sharon, la tomé de una mano y le pregunté con energía:

—¿Adónde puedo llevarte ahora, lejos de aquí?

Podía haberme enviado al diablo, insultarme o pegarme un botellazo. Creo que no me hubiera podido sentir sorprendido, después de lo que le había hecho a su protector. Pero Sharon no hizo nada de eso.

Me miró casi con ternura, con algo que parecía gratitud y simpatía, y me dijo en voz baja, que temblaba ligeramente:

—Por favor, Richard, creo que lo mejor será que me lleves a casa...

—Claro —asentí, conduciéndola fuera del club—. Adonde tú digas, querida...

Salimos de allí. Nadie nos lo impidió.

CAPÍTULO IV

—Ahora ya lo sabes todo. Creo que lo sospechabas, de todos modos.

La miré y asentí. Nos habíamos servido dos combinados fríos. La noche, más allá de las grandes vidrieras, llenaba Manhattan de luces y colores centelleantes. Su lujoso apartamento cercano a Broadway era digno de ella, de una triunfadora.

—De modo que soportas a un sádico, a un torturador y degenerado, sólo por escalar puestos, por llegar más arriba, siempre más arriba... —dije tristemente, mirando los cubitos de hielo que flotaban en mi copa.

—Fue el sueño de toda mi vida: ser alguien, triunfar, conquistar Nueva York. Estoy a punto de conseguirlo, Richard —me dijo como disculpándose.

—Y cuando lo hayas conseguido, ¿qué? —murmuré—. ¿Habrà valido la pena, Sharon?

—La gloria, la fama, la fortuna, siempre valen la pena. Cuestan un alto precio. Pero las cosas en la vida nunca son fáciles, querido.

—No, supongo que no —admití tristemente—. Aquí me tienes a mí ahora. Me creía un triunfador. ¿Y qué soy? Un novel que logró estrenar, y cuya obra va a ser retirada de cartel, gracias a los dos millones de dólares que tu amado Zimbalist va a invertir en la nueva obra, la de ese cretino de Avery Robbins. Ni siquiera Lorna Lancaster haría ascos a dos millones de dólares, debo admitirlo. Y Zimbalist prefiere alejarme definitivamente de ti. Siempre me tuvo ojeriza. Tal vez tema que yo pueda ser tu gran amor platónico, y por ello mismo su peor rival.

—Pudiste intentar algo, Richard. Convencer a Zimbalist con un nuevo manuscrito, un libreto original y de calidad... Pero ahora ya no hay remedio posible. Te has ganado al peor enemigo que podías

encontrar en todo Broadway.

—Lo sé. La selva de cemento y asfalto es demasiado pequeña para los dos. Y él es el poderoso tigre, el amo de esa selva. Yo, sólo un animal para ser cazado y despedazado...

—Si pudiera ayudarte en algo, Richard...

—Puedes hacerlo aún, Sharon. Y ayudarte tú misma.

—¿Cómo? —ella abrió unos ojos enormes, mirándome con ingenuo asombro.

—Apartándote de ese hombre, de Zimbalist. Si es preciso, renuncia a la obra de Robbins, al teatro de Lorna, a todo. En este momento, estás triunfando. Otro empresario, aunque sea de menos importancia, te contratará. Podrás encabezar otro cartel. Y luchar por subir donde tú quieres. Pero luchar de verdad, ganarlo por ti misma. Paso a paso, contra todos. Estoy seguro de que también así vencerás. Y tu triunfo será mucho más auténtico y más duradero.

—No, Richard —negó Sharon—. Lo siento. No quiero correr el riesgo. Iré a ver esta misma noche, si es preciso, a Samuel Zimbalist esté donde esté, en casa o en un hospital. No puedo renunciar. No sabría hacerlo. ¿Me puedes comprender, Richard?

—Sí. Te comprendo —suspiré tristemente, apurando mi copa que dejé sobre la mesita de centro de su *living*. Me arreglé el lazo de mi *smoking*, frente a un espejo situado junto a la chimenea decorativa de la sala—. Adelante, Sharon. Es tu vida. Tu destino. No soy quién para meterme en ello. Sólo puedo desearte suerte.

—No te vayas aún, por favor —puso una mano en mi brazo, casi implorante—. Me gustaría... me gustaría permanecer contigo un rato aquí, antes de ir a buscar a Sam... ¿Me... me entiendes? Enid, mi doncella, tiene la noche libre. Estamos solos...

Claro que la entendía. Humedeció sus labios con la punta de su lengua. Me miró de un modo especial, que yo conocía ya. Vi el dormitorio, allá al fondo. La cama... Y el cuerpo de Sharon era tan deseable, su mirada tan sensual y provocativa...

—No, Sharon —suspiré—. Otro día. Éste no sería el momento. Te debes a Zimbalist, no a mí.

—Esto es distinto, Richard. Me gustas, lo sabes. Creo que incluso te quiero...

—Eso lo hace aún peor —moví la cabeza, con una sonrisa cínica, camino de la puerta—. Vi con tu Sam. Ya nos veremos en otra

ocasión más adecuada. Ahora, quizá no podría hacerte feliz...

—Puede no haber otra vez.

—Siempre hay otra vez en la vida, Sharon —sonreí, sin saber lo equivocado que estaba al decir eso—. Todo depende de que uno quiera que haya esa vez... Buenas noches, querida.

—Buenas noches, Richard —me dijo débilmente, con tono defraudado.

Ni siquiera me volví a mirarla. No quería ceder. Y con ella era tan fácil...

En ese momento, no podía sospechar que ya nunca vería con vida a Sharon Crawford. La dejé sola, en su apartamento. Disponiéndose a buscar a su millonario sádico. Recuerdo vagamente que un coche oscuro, un automóvil de reciente modelo y color azul o negro, doblaba la esquina al salir yo y alejarme con mi propio vehículo. Ese coche se detuvo ante el edificio de apartamentos. Pero no me interesé por él lo más mínimo. Después de todo, era una edificación con doce o catorce plantas, donde había muchos otros apartamentos.

Tal vez tuvo una importancia ese vehículo que yo no supe darle. O tal vez no.

Lo cierto es que me marché esa noche, y no volví a ver a Sharon Crawford hasta que identifiqué, junto con otras personas que la habían conocido, su cadáver en la Morgue.

Esa misma noche, alguien entró en su apartamento y la asesinó, derramando luego un frasco de vitriolo sobre su rostro, pechos y cuello. No quedó del todo irreconocible, ésa es la verdad. Pero la intención del criminal, sin duda alguna, era la de ensañarse con su víctima, a pesar de que cuando derramó sobre ella el ácido corrosivo, Sharon ya estaba muerta, estrangulada por unas manos criminales.

INTERMEDIO

El silencio era profundo en estos momentos.

El sargento Gaulding mordisqueaba un emparedado de pollo y lechuga, con otra botella fresca de cerveza. El teniente Mallory se limitaba a mirarme, ceñudo, dando paseos por la habitación cuadrada, desnuda, sucia y fría.

—¿Es toda la historia, Blake? —quiso saber.

—Sí —afirmé—. Toda.

—Seguro que miente —farfulló el sargento, enseñando sus dientes, mientras masticaba el emparedado. Soltó un eructo y añadió—: Se largó del apartamento, sí. Pero después de estrangular a Sharon Crawford porque ella le reprochó su comportamiento de esa noche y le arrojó de casa con malos modos. El vitriolo lo arrojó sobre el cadáver para desviar nuestras sospechas hacia el maníaco que la asaltó en el teatro, y que sabemos que no pudo ser Blake.

Sentí ganas de romperle los dientes, pero no podía hacerlo. Estaba en sus manos. Por fortuna, el teniente Mallory, pese a sus defectos, parecía menos hostil que él en estos momentos.

—Calla, Amos —pidió a su subordinado—. Blake ha nombrado un coche oscuro, de modelo reciente, azul o tal vez negro. Se detuvo a la puerta del edificio de apartamentos donde vivía Sharon. ¿Qué hora calcula usted que sería entonces? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—Lamento no haber mirado mi reloj en ese momento. Pero teniendo en cuenta mis propios cálculos aproximados, podría asegurar que no era más tarde de las dos ni más pronto de la una y media de la madrugada...

—Según el forense, Sharon fue estrangulada entre una y tres de la mañana —señaló el oficial de Homicidios pensativo. Me miró,

huraño—. Eso le sitúa dentro del círculo de sospechosos, diga usted lo que diga.

—Lo sé —asentí con calma—. Pero he dicho la verdad, teniente. Toda la verdad.

—Claro. Y nosotros vamos a creerlo —gruñó el sargento Goulding con su delicadeza habitual, mirándome como se mira a las cucarachas antes de aplastarlas.

—He dicho que calles —se irritó el teniente con gesto de disgusto. Luego pareció recordar algo—: Por cierto, *tú* eras el encargado de vigilar a Sharon Crawford. ¿Dónde estabas esa madrugada cuando le mataron?

—Oh, teniente, sabe bien lo que pasó, ya lo declaré en su momento —se tragó la saliva dificultosamente, junto con un trozo de pollo, y tosió, enrojecido—. No era yo, personalmente, sino Larry Jordán. No puedo estar las veinticuatro horas del día y la noche dedicado a seguir a una sola persona, compéndalo.

—Pero tú recibías los informes de Jordán. ¿Dónde estaba él cuando mataron a Sharon Crawford?

—Según el informe, el incidente del Club 400 le desconcertó, y cuando quiso darse cuenta, la chica se había ido con el coche de Blake, y los camareros trasladaban a Zimbalist a un hospital, teniendo lesiones serias, ayudado por su guardaespaldas, Nick Giordano, que también parecía bastante mal. Cuando quiso hacer algo práctico, ya era tarde. Sharon y Blake no estaban allí, ni sabía dónde habían ido.

—¿Llevaba él un coche oscuro, azul o negro?

—¿Jordán? No. Tiene un coche gris claro. Es el que acostumbra a usar en sus trabajos.

—Bueno, Blake, sigue siendo usted el sospechoso número uno, no se haga ilusiones —me espetó bruscamente el teniente Mallory, contemplándome con hosquedad—. Pero voy a concederle una oportunidad. No le arrestaré ahora bajo acusación formal alguna.

—¡Teniente! —Se sobresaltó Goulding, que evidentemente me tenía una gran simpatía—. ¿De verdad piensa hacer eso?

—Sí. No veo motivo, de momento, para entregar al fiscal el asunto. Tal vez sería precipitado, y un buen abogado sacara a Blake bajo fianza, poniéndonos en apuros. Pero tenga en cuenta, amigo, que no podrá abandonar la ciudad de Nueva York bajo pretexto

alguno, puesto que es, de momento, un testigo importante del caso, y ello implicaría su inmediato arresto como presunto culpable de un homicidio.

—Si piensa dejarme libre, no saldré de esta maldita ciudad por nada del mundo, tiene mi palabra —prometí.

—Muy bien. Sargento, llévelo a la oficina. Que le devuelvan todas sus pertenencias y le dejen ir. De momento, no hay orden de arresto contra Richard Blake.

—Sigo pensando que es una locura —gruñó el policía—. Es endemoniadamente culpable, o yo no sirvo para policía, después de diez años en activo, teniente.

—Deja de gruñir, Amos, y haz lo que te he dicho —se irritó Mallory—. Buenas noches, Blake. Y ande con cuidado. Tiene una espada encima de su cabeza. Seguiremos investigando esto hasta el fin. Si es culpable, como creo, acabará pagando. El asesinato de Sharon Crawford no va a quedar impune, esté seguro de ello.

—Lo estoy, teniente, lo estoy —dije, incorporándome lentamente, casi con arrogancia—. Si ustedes no dan con el culpable, yo lo haré, no lo duden.

—Usted no hará nada. Eso es tarea nuestra.

—Ustedes son sólo policías. No conocen el mundillo de Broadway, la gente del teatro, el ambiente en que Sharon se movía. Yo, sí. Es mi ventaja sobre ustedes. Estoy seguro de que este crimen, de algún modo, se relaciona con los escenarios, con la carrera de Sharon, con la gente que la rodeaba. Es posible que, sin proponérmelo, yo mismo pueda descubrir mucho más que ustedes.

—Pero no lo hará. Le prohíbo que haga de detective aficionado. Eso está bien para las novelas y el cine. Esto no es nada de eso. Si se mete en líos por intentar suplantar nuestro trabajo, le meteré tan adentro que nadie le sacará en años de allí. Ya está advertido, Blake.

—Lo recordaré, teniente. Pero hay algo que ni usted ni nadie puede prohibirme: hablar con la gente, deambular por ahí, por ese mundo mío que era también el de Sharon. A veces, una palabra, una confidencia, un gesto, valen más que toda una encuesta policial. Y pueden facilitar el hallazgo del culpable. Recuerde, teniente, que mi mejor esperanza estriba en eso: demostrar mi inocencia encontrando al verdadero asesino...

Le saludé con cierta ironía, él arrugó su ceño, encajando la mandíbula con malhumor, y nadie se opuso a que primero abandonase la antipática habitación de interrogatorios, y después la comisaría de policía donde me habían recluido tras mi arresto.

Salí por la noche, caliente y húmeda, del verano neoyorquino. Las luces, sus guiños alegres u multicolores, me recibieron con ese resplandor bello y engañoso que esta ciudad ofrece al confiado visitante. Respiré a pleno pulmón el aire, cargado de malos olores, su suciedad, de calor y de bochorno, pero maravilloso al lado del que podía respirarse dentro de las celdas de una comisaría.

Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón de *smoking*, arrugado y sucio. El mismo *smoking* que llevaba la noche en que Sharon murió. Casi ni me lo había quitado desde entonces.

Eché a andar hacia el centro de Broadway bajo las luminarias resplandecientes de Sus altos edificios. Iba pensando en Sharon.

Y en mí mismo.

Y en alguien que la había matado, minutos después de dejarla yo llena de vida, en su lujoso apartamento de Manhattan. Un asesino que aún andaba suelto por alguna parte. ¿El maníaco del vitriolo o alguien que se había aprovechado de su existencia para desorientar a la policía?

Ni ellos ni yo sabíamos nada de nada.

Pero no le había mentido a los polizontes. Estaba dispuesto a defender de una posible acusación de asesinato de la única forma que se me ocurría: buscando al verdadero asesino.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

—Ya ves cómo van las cosas desde que murió Sharon —se me lamentó Lorna Lancaster, mostrando los carteles del *Playground*, todavía con las tiras de color naranja, cruzadas sobre los afiches con la advertencia de: «SUSPENDIDAS TODAS LAS REPRESENTACIONES».

—¿Por qué? —interrogó yo, mirándola con expresión perpleja.

—¿Y aún lo preguntas? —Suspiró cansadamente, haciendo un gesto sombrío—. ¿Con quién quieres que monte el cartel? No tenemos primera figura. Nadie podría hacer lo que hacía Sharon...

—Es posible que no resulte tan difícil. Ella era una chica sensacional, pero puede haber otras... ¿Está ensayando algo ahora?

—Empezamos a ensayar unas piezas de la nueva revista, la de Robbins, pero sin el dinero de Zimbalist, dudo mucho que ahora podamos seguir el montaje de esa obra. Pero tampoco podemos abrir el teatro con su obra, Blake, sin tener una figura capaz de interpretar el papel que dejó vacante Sharon.

—De todos modos, le doy un consejo, Lorna: ponga ensayo para mañana en la tablilla.

—¿Ensayo? ¿De qué?

—De la misma obra que hemos estado representando. Hágalo.

—¿Para qué? ¿Para justificar el sueldo que pago a mi compañía hasta que me arruine? —se lamentó ella amargamente.

—No —negué—. Para buscar una nueva «estrella». Lorna.

* * *

—¿Una estrella nueva? —Oscar Siegel parecía escandalizado, en pie junto a las candilejas, la mirada fija en mí, mientras las chicas

del conjunto evolucionaban en uno de los números de mi obra, con música de piano—. ¿Te has vuelto loco, muchacho? ¿De dónde piensas sacarla?

—Ahí tenemos un ramillete de treinta chicas bonitas, jóvenes y profesionales. ¿No puede haber entre ellas una, una sola al menos, capaz, de suplir con éxito a Sharon?

—Lo dudo mucho, Blake. —Siegel meneó su cabeza de un lado a otro—. Son chicas del coro, no «estrellas». Se nace partí eso o no. Sharon tenía madera. Era una «*vedette*».

—Perdona, Siegel —le rectificó—. No *era una vedette*. Nosotros votamos a su favor en una prueba. Hubo otras que también lo hacían bien. ¿Por qué no crear una nueva «estrella» partí suplir ti la que hemos perdido? Todo sería mejor que tener cerrado el teatro.

—No lo creas. Si fracasara esa chica, si no gustase al público y la crítica, Lorna podría perder algo más que dinero: su prestigio de empresaria. Y eso es más difícil de recuperar en este negocio.

—Muy bien —me exasperé—. Adelante con su plan. Sigam con el local cerrado. Busquen una nueva figura que no exista, o esperen a que ocurra un milagro. Yo sólo pretendía salvar algo de lo insalvable. No volveré a molestarles con nuevas opiniones, Siegel. Buenos días.

Salté a la platea, para marcharme del teatro. A mis espaldas, sonó un resoplido. Luego, Oscar Siegel hizo sonar sus palmas, y pararon las bailarinas, al detenerse la música de piano.

—Está bien, Blake —le oí decir. Y me detuve—. A ver, muchachas. Tengo algo que decirles. Escuchen bien todas: ¿quién se compromete a salir mañana noche en este mismo escenario, ocupando el puesto de Sharon Crawford en la obra que teníamos en cartel?

Hubo un silencio de asombro, de incredulidad. Luego, de repente, una voz fue la primera en responder. Una voz firme, serena, segura de sí:

—Yo, señor Siegel. Podría representarla incluso esta misma noche. La sé de memoria y puedo actuar en cualquier momento, si confían en mí.

Oí la imprecación de asombro de Oscar Siegel. Sonreí, empezando a girar mi cabeza. Antes de verla, estaba seguro de quién era la audaz muchacha que tomaba semejante decisión.

Se trataba de la rubia y atractiva muchacha de las piernas bonitas, Betsy Grant.

* * *

—Blake, eres una especie de mago de cuento de hadas —gruñó Loma Lancaster, mirándome con infinito asombro, mientras las tiras color naranja eran retiradas de los carteles del Playground, y sustituidas por otras que rezaban:

**«A PARTIR DE ESTA NOCHE; REANUDACION DE LAS REPRESENTACIONES
CON UNA NUEVA “ESTRELLA” DE BROADWAY: BETSY GRANT»**

—Todavía no puedo creérmelo. He visto el ensayo general con esa rubia, y verdaderamente admito que lo hace muy bien. Casi mejor que Sharon...

—Escuche, Lorna —la amenacé con un dedo índice que se agitó, acusador—. Le he sacado de un buen apuro. Esta noche habrá función, y estoy seguro de que la chica gustará. Pero no voy a permitir que la haga objeto de sus juegos lésbicos en modo alguno.

—Pero ¿qué dices? —Clamó con expresión ofendida y airada—. ¿Cómo te atreves...?

—Lorna, me atrevo porque estoy salvándola de la ruina, simplemente —la corté con una energía que a mí mismo me asombraba—. Sepa que Betsy, esa muchacha que puede convertirse en la primera «estrella» de Broadway, no es ambiciosa ni falta de escrúpulos como era Sharon, y no quiere protectores ricos ni mujeres que le hagan el amor. Ha firmado conmigo un documento privado, por el cual yo soy su representante exclusivo durante los próximos cinco años, y controlaré y administraré sus contratos e ingresos, supervisando incluso a las amistades que no le convengan.

—¡Eso has hecho! —protestó ella—. ¡Eres un granuja, Blake!

—Tal vez. Pero quiero que sea esa chica, si llega a la cumbre, sea por sus méritos, simplemente, no por influencias ajenas. Y que nadie la «proteja» como le ocurrió a Sharon. No deseo que termine como ella, y la muchacha parece estar en todo eso de acuerdo conmigo. De modo que ya lo saben usted y los Zimbalist de turno, Lorna. Nada de trauquitos con Betsy Grant, o irán a parar ante los

tribunales.

—Y tú piensas enriquecerte a costa de ella, si es una triunfadora, ¿no?

—No sabe lo que dice. Ese contrato que hemos firmado especifica que yo no cobraré ni retendré de su sueldo un solo dólar, salvo los posibles gastos de lanzamiento, publicidad y todo eso que deba invertirse en su carrera, con la supervisión personal suya. Betsy no es tonta, Lorna. Sólo es algo que hoy en día escasea mucho, y más aún en esta corrompida ciudad: ella es honrada.

La dejé con la palabra en la boca, sintiéndome feliz de que alguien pudiera cantarle las verdaderas a una mujer como Lorna Lancaster.

Aquella noche, Betsy Grant debutó en mi obra. Y triunfó.

Los críticos la ensalzaron, con la excepción del venenoso Lester Shamrock, que puso objeciones a su actuación. Pero con eso ya contaba yo, porque, él sabía que si Betsy ocupaba la cabecera de cartel, era por influencia mía.

El público, que es el mejor crítico del mundo para una obra teatral o para una figura escénica, dio su mejor aprobación a Betsy, con una cerrada ovación que puso lágrimas de emoción en sus bellos ojos azul oscuros.

Yo aplaudí entre cajas su mutis final, como un encandilado espectador más, y ella me dirigió su más dulce sonrisa.

Era infinitamente más ingenua y encantadora que Sharon.

No poseía su sensualidad, sino un atractivo muy diferente. Yo no podía olvidar fácilmente a Sharon. Pero sabía que podía llegar a sentir por esta rubia muchacha tanto o más que por Sharon.

Eso me preocupó. Porque lo que no quería olvidara ningún precio el que Sharon había sido asesinada y que el asesino andaba suelto.

Y, sobre todo, que era el sospechoso número uno para la policía.

* * *

El funeral había terminado.

Fue sencillo y sobrio. Muy distinto al que hubiera soñado para sí una mujer como Sharon Crawford.

Pero, al menos, hubo gente. Mucha más de la que ella hubiese

imaginado, cuando emprendió su viaje desde el Medio Este hasta la dorada y resplandeciente Nueva York. Estaban todas las chicas del Playground, con Betsy Grant a la cabeza. Estaba Lorna Lancaster, con su inseparable y fiel Oscar Siegel.

Y, por supuesto, Samuel Zimbalist.

Escortado por aquel mismo tipo de aspecto latino, moreno y atlético, al que yo derribara a golpes en el Club 400, y que me miró con aprensión apenas me reconoció. Ahora sabía que era Nick Giordo, un italoamericano quizá entrenado para ciertos menesteres en los colegios y universidades de la Mafia. Zimbalist, pálido, demacrado y con aire de ir todavía algo tullido a causa de la paliza que le administrara ya en la misma madrugada en que mataron a Sharon, se limitó a mirarme fríamente, con un rictus de cólera y odio en su rostro, pero sin ponerse violento ni complicar las cosas en el pequeño cementerio de Queens elegido por Lorna para dar sepultura a Sharon Crawford.

También vi mosconear por allí cerca al sargento Goulding, con un policía a sus órdenes, joven y nervioso, que tal vez fuese el Larry Jordán encargado de velar por Sharon la noche en que la mataron.

No sé por qué, volví la cabeza cuando echaban las primeras paladas de tierra en la tumba de Sharon, sencilla y apacible, rodeada de fresco césped, en un umbrío rincón del camposanto.

Y entonces vi a la mujer enlutada.

Vestía totalmente de negro. Llevaba medias negras también, igual que su calzado. El velo, tupido y discreto, velaba sus facciones bajo el sombrerito circular ajustado a sus cabellos oscuros, color castaño intenso. Las manos cruzadas sobre el regazo, también estaban enguantadas.

Miraba hacia la fosa de Sharon. Podía ser una simple visitante del cementerio, alguien atraído hacia el funeral por simple curiosidad. Pero estuve seguro de que no era así, aunque ignoraba la razón para pensarlo.

Apenas hubo terminado la ceremonia, observé con el rabillo del ojo que la mujer de luto se persignaba, para ausentarse. Rápido, me volví y caminé hacia ella con largas zancadas. Me observó a través de su espeso velo negro, sin que pudiese ver claramente sus facciones. Y ya no se movió.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —dijo ella roncamente.

—Perdone la pregunta, señorita. ¿Simple curiosidad o algún interés especial por estos funerales?

—¿Quién es usted para preguntármelo, joven? —me replicó ella.

—Richard Blake. Un buen amigo de la mujer recién sepultada.

—Lo sé —oí su apagado suspiro, que agitó el negro velo.

—¿Usted *lo sabe*? —Enarcó las cejas—. ¿Por qué?

—Porque ella me lo dijo una vez.

—¿Ella?

—Sharon, naturalmente.

Respiré hondo. De modo que la conocía. Y me conocía a mí. Empezaba a intrigarme la dama de negro. Traté de saber algo más de ella.

—¿Era usted amiga de ella, alguna antigua compañera? —sugerí.

Los ojos, prácticamente invisibles para mí, salvo el brillo del sol matinal en sus pupilas, allá detrás del velo negro, estaban fijos en mí, lo sabía.

—Mi nombre es Margaret Hawkins —dijo fríamente—. Vengo desde Evansville, en Illinois. No llevo luto por Sharon Crawford, sino por mi esposo Ian, muerto hace diez días. Pero este luto también puede servir por ella.

—Evansville... —murmuré, pensativo. El nombre me hacía recordar algo. Sólo que no sabía el qué. De repente, mi memoria se iluminó. Y supe lo que significaba aquella pequeña ciudad al sur de Illinois, en el Medio Este americano. La miré largamente, antes de añadir, con voz tensa—: Usted viene de la misma ciudad donde nació Sharon...

—Sí, Blake —afirmó lentamente con la cabeza y con aquella voz suya, grave y profunda—. Soy su hermana Margaret. ¿Responde eso su pregunta?

Claro que la respondía. Margaret Crawford de soltera. Margaret Hawkins de casada. Ahora era viuda. Y, además, había perdido a su hermana. No supe qué decirle. En esos casos, a veces, es mejor no decir nada.

—¿Cómo se enteró? —pregunté, un poco estúpidamente.

—Los periódicos también se leen en Evansville, Blake. Y se oye la radio... Sharon parece que había empezado a ser alguien cuando

la mataron...

—Es cierto —incliné la cabeza y me miré la punta de los zapatos, sin saber qué decir ni qué hacer—. Las malas noticias siempre sondas primeras en saberse. Supongo que también conoce las circunstancias en que todo ocurrió...

—¿Cómo podría ignorarlas? —Creí captar una sonrisa amarga, aunque imposible de ver, tras aquel velo impenetrable de su luto—. Asesinato... vitriolo... ¿Se sabe algo de todo eso? ¿Alguna pista del asesino?

—Ninguna aún —suspiré. La estudié curiosamente. Tenía buen tipo. Debía ser cosa de familia—. ¿No ha reclamado su cuerpo para enterrarlo en Evansville?

—No valía la pena. Era un gasto innecesario, Ian, mi esposo, no me dejó ninguna fortuna. Sólo una granja y algunos bienes, y una pequeña cuenta corriente. Lo suficiente para seguir viviendo en mi pequeña ciudad, lejos de lugares como éste... Sharon era todo lo contrario que yo. Ella deseaba el oropel y el brillo de Nueva York. Le fascinaban sus luminosos y sus teatros. Y en ellos encontró la muerte. Creo que su sueño dorado hubiera sido reposar en tierra neoyorquina, llegado el momento. Es mejor así, créame. Mucho mejor para todos.

—Tal vez tenga razón —asentí, ceñudo—. ¿Va a quedarse mucho tiempo, señora?

—No lo haría por nada del mundo —jadeó la dama—. Me voy esta misma tarde.

—Me gustaría hablar con usted un rato. Cosas sobre Sharon y todo eso...

—Escuche, Blake —me cortó casi abruptamente—. La Sharon que yo conocí en Evansville durante nuestra niñez y adolescencia, dudo mucho que tenga nada que ver con la que usted conoció aquí, en Nueva York. Por tanto, no creo que le sea útil en nada. Y ello me resultaría realmente doloroso. Es mejor que nos despidamos ahora. Buenos días, Blake.

—Buenos días, señora Hawkins —respondí—. Y buen viaje de regreso a Evansville...

Dio media vuelta, y se alejó. Sus altos tacones negros se hundían en el mullido césped del cementerio. Poco después, no quedaba nada de la dama enlutada de Illinois. Solamente un leve perfume

muy diferente a los intensos y recargados que acostumbraban a usar las chicas de Broadway, como estela sutil del paso de la hermana provinciana de Sharon por el lugar donde ella reposaría a partir de ahora eternamente.

Fuimos saliendo del recinto de los muertos en lenta y triste comitiva. Me crucé con Betsy Grant en la puerta. Casi tropezamos. Y juro que fue casual por mi parte, y creo que también por la de ella. Nos miramos. Nos sonreímos.

—Perdone, Betsy —rogué.

—No diga eso —me contestó con su mejor sonrisa—. Le debo mucho.

—¿A mí? —me extrañé.

—De no ser por usted, ahora no estaría ocupando el hueco de Sharon.

—Le aseguro que yo no la elegí para eso. Usted misma probó su valía ante Oscar Siegel y Lorna Lancaster. Ellos hacen y deshacen, no yo. Soy tan novel como usted misma.

—Pero usted *sabía* que había alguien en el conjunto capaz de suplir a Sharon —sus ojos azul intenso me miraron, penetrantes. Sus labios gordezuelos y rojos brillaban sedosos a la claridad del sol matinal, sin necesidad de pintura alguna—. Y que ese alguien era yo.

—Bueno, tenía una cierta idea —admití, sintiéndome cogido—. Sí, usted creo que era la única capaz de salvar la situación. Por eso hice una sugerencia a Lorna. Sólo una sugerencia.

—Nunca se lo agradeceré lo bastante, Richard. Ni eso, ni ocuparse de mis intereses.

—Habrá quien piense que quiero aprovecharme y lucrarme de usted.

—Pero yo sé que no es así. Y eso basta —me apretó calurosamente la mano de pronto—. Gracias por todo, Richard. Algún día tal vez pueda demostrarle mi gratitud...

Se alejó con las demás chicas del teatro. Yo me quedé atrás. Una risita hueca, no lejos de mí, me hizo volverme bruscamente, con cierto sobresalto.

—Guapa rubita, ¿eh, Blake? —Ponderó irónicamente el sargento Goulding, guiñándome un ojo—. ¿Ya ha encontrado sustituta para Sharon Crawford en su corazón?

—Váyase al diablo —gruñó—. ¿Qué hace usted aquí? Ya no necesita cuidar de Sharon. Está fuera de nuestro alcance. Y del de todos...

—¿Quién le dijo que estoy aquí por ella? —rió Goulding exhibiéndome en una mueca ratonil su desagradable dentadura, amarilla y desigual—. Podría ser por usted, Blake...

Le miré. Y miré a su subordinado, el joven nervioso, que tragó saliva, como si todo aquello le disgustara.

—Que el diablo le lleve, sargento —mascullé—. Si me vigila tan bien como hizo con Sharon aquella noche, podría estar ya en la Patagonia, lejos de su alcance.

—Inténtelo —me desafió ásperamente—. Y le echaré el guante apenas intente cruzar la frontera de los Estados Unidos, Blake. Sería el mejor placer de mi vida, créame.

—Le creo. Los gusanos se conforman con poco. Únicamente con sobrevivir... —Hice un gesto despectivo, y me alejé de él, sintiendo sus ojos y los de su joven e inquieto subordinado, el agente Jordán, fijos en mi espalda.

Ya en la alameda externa que partía desde el cementerio hacia Queensboro Bridge, en dirección a Manhattan, me crucé con el lujoso Cadillac color mostaza del rico caballero Zimbalist. Conducía su fiel Nick Giordano, y ambos me dirigieron una ojeada asesina. Pero ni siquiera intentaron atropellarme, aunque por ganas no debió quedarles.

Me quedé contemplando cómo se alejaba el coche del millonario a toda velocidad, hasta que la voz apacible de Siegel me invitó, desde el volante de su propio vehículo:

—¿Quiere subir, Blake? ¿O ha traído su propio coche?

—No, no lo traje —negué—. Vine en taxi. Gracias, puede dejarme en cualquier sitio de Manhattan, donde le vaya bien, Oscar.

—Voy al teatro. ¿Le va bien allí?

—Sí, está bien —asentí distraído.

Me senté a su lado. Oscar Siegel conducía con la mirada fija en el camino que recorriamos. Era un tipo curioso, casi estrafulario. Dado a los trajes de vivos colores, las corbatas chillonas, con aspecto de ensaladilla rusa, y sus escasos pelos grisáceos los llevaba largos y en desorden, rodeando su calva.

—¿Se sabe algo nuevo sobre el crimen? —preguntó de repente,

sin mirarme.

Yo sí, le miré a él. Me encogí de hombros.

—Nada, que yo sepa —dije—. Pero yo no soy policía.

—Ellos nunca sueltan prenda. ¿Ya no sospechan de usted, Richard?

—Claro que sospechan. Pero no tienen pruebas suficientes para meterme entre rejas. Posiblemente las estén buscando.

—Pero usted no mató a Sharon, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Tampoco lo diría si lo hubiera hecho.

—Es lo que suponía —suspiró Siegel—. También pudo matarla Lorna. O yo mismo.

—O Zimbalist —sugerí.

—Zimbalist tiene coartada —me recordó—. Estaba en un hospital, con fisuras de costillas, Blake. Usted tendría que saberlo.

—Lo sé. Pero Zimbalist no es de los que necesitan manejar sus propias manos para matar a alguien. Podría enviar a ese Giorgio o a otro cualquiera.

—¿Por qué iba a matar él a su amante? Fue usted quien le apartó de ella a golpes, no ella la que lo echó de su lado.

—Tal vez lo hizo luego, usando el teléfono, incluso. Me dijo que iba a buscarle y a hacer las paces con él. Estaba dispuesta a todo con tal de llegar a la cumbre.

—¿Eso le dijo? Pues parece que no llegaron a dejarla salir de casa... —Siegel meditó en silencio uno minutos, mientras alcanzaban el inicio del Puente de Queensboro—. Si volvió junto a Zimbalist, el crimen no tendría motivo.

—Tal vez él lo ignoraba. Y envió a un matón para liquidarla, antes de verla en mis brazos. El sería capaz de eso y de mucho más.

—No lo discuto. Si yo tuviera para mí solo a una chica como Sharon, también lo haría, Blake.

—Me asombra usted, Siegel. ¿Es que *también* se enamoró de ella?

—Tenía tanto derecho como el que más —me miró pensativo. Luego rió, meneando su cabeza con aire estrafalario—. Pero no se ilusione, Blake. No soy sospechoso. Yo no sentía nada por Sharon. Soy... soy algo... homosexual, ¿entiende?

Me quedé de una pieza mientras Siegel se reía como un bendito

de mi propio estupor. Luego, añadió un comentario burlón:

—Usted sí me va, Blake, pero ella no. No se enfade, ya sé que no tengo esperanzas con usted. Lorna tampoco las tiene con esa rubita, Betsy Grant, y está furiosa. Tenga cuidado, muchacho. Es malo crearse enemistades como la de Lorna.

—¿Le dijo eso mismo alguna vez a Sharon? —pregunté, sarcástico.

—Le sorprenderá, pero le confieso que sí. Se lo dije. Sólo que Sharon se echó a reír en mi propia cara. Era lo malo de ella. Tenía el peligro encima y no se daba cuenta de ello...

—¿Quiere decir que Lorna es peligrosa... o podía serlo con Sharon?

—Lorna siempre es peligrosa cuando alguien se cruza en sus romances. Los homosexuales, Blake, somos más peligrosos en nuestras pasiones que la gente normal, ¿no lo sabía?

—No —confesé, sintiéndome tremendamente incómodo dentro de aquel coche—. Pero es bueno saberlo, Siegel... ¿Cree que un homosexual usaría vitriolo para vengarse de la persona amada, llegado el caso?

—¿Por qué no? —Siegel se encogió de hombros, riendo—. Podría ser un detalle de crueldad, una perversión que añadir a la muerte de la persona que nos engañó... o se burló de nosotros.

No supe qué decir. Cruzamos el puente, hacia Manhattan. Me dije que era una extraña gente la que formaba el mundillo del espectáculo en Broadway. Pero ellos no me importaban. Ni sus vidas y perversiones tampoco. Era Sharon, su muerte, lo que contaba para mí.

De repente, Siegel me sorprendió con una frase imprevista:

—¿Sabía que estaban haciendo chantaje a Sharon?

Creo que pegué un respingo en el asiento. Le miré, asombrado.

—¿Qué dice? —mascullé, estupefacto—. ¿Chantaje?

—Eso dije, sí. Veo que no lo sabía.

—¿Y usted? ¿Cómo lo supo?

—Los afeminados tenemos una cierta tendencia a ser elegidos por las mujeres como personas dignas de recibir confidencias. Eso hizo Sharon conmigo. Me confesó que estaba siendo extorsionada por alguien. Me pidió a cuenta de su sueldo un anticipo de dos mil dólares que yo le di, pese a que había cobrado previamente otro

anticipo de tres mil al firmar su primer contrato. Evidentemente, necesitaba dinero y pronto.

—Chantajista... —Me quedé perplejo—. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía ella que ocultar?

—Eso no me lo dijo. Parecía muy angustiada. Me aseguró que de no ser algo trascendental para su carrera, no me hubiera pedido ese dinero jamás. Y me rogó que no le hiciera preguntas por el momento. No se las hice. Tal vez cometí un error.

—¿Eso fue antes o después de conocer a Samuel Zimbalist y salir con él?

—Antes, por supuesto. Imagino que después seguiría pagando..., pero ahora a costa del bolsillo del millonario. Ya no podía enterarme de eso.

—De todos modos, gracias por el informe, Siegel. Tenemos muchos sospechosos para el crimen de Sharon. Usted, Lorna, yo, Zimbalist, el maníaco del vitriolo que la atacó en el teatro... y ahora un chantajista.

—La vida de Sharon era un verdadero mosaico de problemas —suspiró Siegel.

—Y alguien rompió ese mosaico en pedazos —comenté sombríamente.

CAPÍTULO II

Aquella noche estaba ya entre bastidores, como tantas otras veces, asistiendo a la representación de «*Blues*» para una estrella, cuando Betsy, antes de salir a escena en un número, me susurró en voz baja, al detenerse a mi lado:

—Richard, suba luego a mi camerino. Es importante. Se lo ruego, no deje de ir en el intermedio.

Antes de que pudiera responderle, Betsy salió al escenario, con sus bellísimas piernas desnudas, mostrándose espléndidas sobre los altos tacones de sus zapatos de lentejuelas plateadas, en el apoteosis del primer acto. Pensativo, me aparté del lugar, preguntándome qué podía inducir a Betsy a citarme en su camerino con aquella premura y sigilo. Fuese lo que fuese, no pensaba faltar a esa cita.

Antes de terminar el primer acto, ya estaba yo dentro del camerino, esperando a la muchacha. Betsy entró despojándose de sus ropas, mientras aún sonaban los aplausos en la platea. Al verme, se metió tras el biombo, para terminar de desnudarse. Su dorada cabellera asomaba por encima de la pieza, moviéndose incesante.

—Bien, Betsy, aquí estoy —dije.

—Un momento, Richard —me rogó—. Es importante lo que tengo que decirle.

—¿Algo grave?

—Posiblemente sí.

—¿Relacionado con usted?

—Con Sharon.

Me estremecí. Sharon... Aquél había sido antes su camerino, pensé. Allí había sido atacada por el loco agresor del vitriolo. Y ahora, otra muchacha, Betsy Grant, ocupaba su sitio. Sin embargo, el fantasma de Sharon seguía presente en el aire, como una sombra

difícil de borrar aun con la propia muerte.

—¿Qué es? —quise saber, tras una pausa, cuando Betsy salió tras el biombo, con una bata corta de seda, anudada a su cintura, que dejaba al aire sus bellos muslos aterciopelados y sus largas y bien formadas pantorrillas.

—Una carta —me dijo.

—¿Una carta?

—Al principio creí que iba dirigida a mí. Por eso la abrí. Luego, comprendí mi error y miré el sobre. Era para Sharon. Alguien debió dejarla en este camerino la noche en que la asesinaron, y por olvido o error, ella no la recogió. Estaba bajo esas fotografías de Sharon, apiladas en el tocador.

—Y ya no tuvo otra oportunidad de recogerla. ¿Puedo verla, Betsy?

—Para eso le pedí que subiera —asintió la joven, abriendo un cajón de su tocador—. Está aquí. Es... es sorprendente. Espero que usted la entienda mejor que yo.

Tomé un largo sobre. Lo abrí sin dificultades. Su solapa posterior ya había sido despegada. Estaba escrito a máquina, con tipografía pequeña. Eso podía explicar que Betsy no lo hubiera leído con claridad al principio.

También el pliego doblado dentro estaba mecanografiado con igual máquina. Unas pocas líneas sin firma. Las leí, pensativo:

«Sharon:

»Necesito dos mil más. Es muy urgente. Deposítalos donde siempre. Si me fallas, soy capaz de todo. Mi situación es difícil. No me importará hundirme acompañado. Sé que ese tipo amigo tuyo, el ricachón, te dará lo que le pidas sin hacer preguntas.

»No lo olvides. Mañana mismo, o hundiré tu carrera y tu futuro para siempre. Elige.

»Si quieres comunicar conmigo, hazlo esta vez en el Jazz Club cercano a Times Square entre once y doce. Pero no intentes jugármela, o te hundo».

—Jazz Club... —medité, abanicándome con el mensaje anónimo. Miré a Betsy—. Entre once y doce... A las doce menos cuarto termina la representación. ¿Podría estar usted lista cinco minutos después, Betsy?

—Claro —asintió ella, abriendo mucho sus ojos—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque vamos a ir los dos esta noche a ese local, si acepta mi invitación...

—Es usted mi *manager* —rió ella suavemente, con un destello excitado en sus pupilas—. ¿Por qué no habría de ir?

—Encargaré una mesa y una botella de champaña frío para entonces —dije, incorporándome—. ¿Puedo guardar este anónimo?

—Claro. No es mío. Supongo que le será más útil a usted que a mí, Blake.

—Gracias —le dije, guardándola—. Una cosa, Betsy: si vamos a salir juntos esta noche; recuerda algo.

—¿Qué?

—No debe haber ceremonias entre nosotros. Somos amigos y socios. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Te estaré esperando, Richard.

—Eso está mejor —reí—. Hasta luego, Betsy. Te recogeré a las doce menos diez en punto...

* * *

El Jazz Club resultó ser un local más de su estilo. Había muchos semejantes en Broadway. Angosto, cargado de atmósfera, con un cuarteto negro interpretando piezas de su música propia con relativo acierto, un público informal y heterogéneo, en su mayoría bohemio, lejos de los convencionalismos de los *night-clubs* al uso en la década de los cuarenta, ricos en cortinajes, decoración blanca, pantallitas, luces tamizadas, *smokings* y camareros uniformados y altivos.

Esto era otra cosa. Se estaba a gusto allí, ante dos copas, una vela de sebo derriitiéndose sobre la mesa, y los acordes de Jazz, en su mayoría *blues*, sirviendo de fondo al ambiente del lugar.

Por el momento, no vi otra cosa a mí alrededor. Betsy se sentó a mi lado. Estaba encantadora con su traje chaqueta sencillo, gris a

rayas, su sombrero sobre el cabello rubio, y sus medias de nylon dando brillo a la tersura seductora de sus piernas. Era como volver a sentirse en la población natal de uno, lejos de la sofisticación de Nueva York, junto a la chica de los sábados y domingo que termina por ser la mujer de uno. Entre Betsy y la difunta Sharon, había como un espacio galáctico de distancia.

—El chantajista podría ser cualquiera de esos tipos —me susurró ella en voz baja, con aires de confidencia—. Ninguno tiene en realidad buen aspecto.

—Tal vez yo tampoco lo tengo aquí —reí—. Y no soy un chantajista. De todos modos, pudo ser un cliente casual nada más, y no haber vuelto por aquí desde que murió Sharon. Ya no tendría objeto esperar su dinero. Los muertos no pagan.

—Sólo veo una cara conocida, en realidad —me apuntó Betsy, tal vez sintiéndose un poco «doctor Watson» en aquella inocua aventura nocturna que tal vez no nos condujese a ninguna parte—. Aquélla.

Me la señaló. Miré en esa dirección, a través del humo grisáceo apelmazado allí. Tuve un sobresalto. Me erguí con un respingo, en mi incómodo asiento.

—¡Avery Robbins, el autor teatral elegido por Zimbalist para suplirme! —comenté—. ¿Qué diablos hace él aquí?

—Supongo que lo mismo que nosotros: tomar algo y oír música de jazz.

—¿Cómo le conociste?

—Empecé a trabajar de chica de conjunto hace meses. Estuve en un espectáculo de Robbins, *Eva del Far-West*

. Le conozco bien. Pero él a mí, no.

—Tenía entendido que Robbins detestaba la música de jazz... —comenté de pronto.

—Es cierto. —Betsy me miró con cierto asombro—. Yo también lo oí decir. Se quejaban de que en una obra suya, no quiso incluir un número negro que hubiera sido muy espectacular, con unos *spirituals* que terminaban en un concierto de jazz a toda orquesta. El crítico Shamrock escribió un artículo muy duro contra Robbins en su columna, por despreciar la música negra tan ostensiblemente.

—Y ahora, Avery Robbins está aquí, en un local como éste. ¿Por

qué?

—Me gustaría saberlo, pero creo que sólo preguntádoselo a él podríamos saberlo.

—En eso, Betsy, estamos totalmente de acuerdo —reí.

Y me puse en pie, dirigiéndome en derechura hacia mi colega Robbins, ante el asombro de Betsy.

Avery Robbins levantó su cabeza al verme erguido ante él, y puso gesto de extrañeza. No nos conocíamos en absoluto. Yo recordaba haberle visto en alguna fotografía en la, Prensa, pero eso era todo.

—Hola —le saludé.

—Hola —respondió—. ¿Nos conocemos?

—No —negué—. Sin embargo, somos colegas.

—¿Colegas? —Enarcó las cejas, perplejo—. Lo dudo. Conozco a todos mis colegas de esta ciudad.

—A mí, no. Soy Richard Blake.

—¡Blake! —me contempló con deprecio—. Ahora lo entiendo... Ese emborrona cuartillas, ese advenedizo del Playground, el tipo que mató a Sharon Crawford...

—Es usted un cerdo —repliqué fríamente.

—Escuche, si busca camorra conmigo, va a verse en líos —silabeó él, saltando rápidamente sobre sí mismo y encarándose conmigo—. Yo soy un tipo importante en Broadway, y usted sólo es un novato que no escribe sino estupideces baratas...

—Robbins, podré ser un novel en esto del teatro, pero ni soy un emborrona cuartillas, ni un advenedizo, y menos aún un asesino —le atajé duramente—. Y, desde luego, menos aún *un chantajista como usted*, ¿está eso bien claro? ¿O quiere que le lleve a la policía para poner en claro las extorsiones que cometió sobre Sharon, hasta culminar en la noche de su muerte con éste mensaje que ella misma me entregó antes de morir, diciéndome su nombre, Robbins?

Era un «farol» mío realmente espectacular, agitando ante sus narices la carta del extorsionista que Betsy me entregara esa noche. Pero resultó. Y de qué modo.

Avery Robbins palideció intensamente, hasta quedarse de un color cera intenso, y boqueó como el tipo que recibe un mazazo en el hígado y no encuentra aire para respirar lo imprescindible.

—Usted... usted no puede... acusarme... ni probar nada

semejante... —jadeó, delatándose a sí mismo.

Yo había sospechado de él apenas le identificó Betsy. Y resultaba cierto mi recelo hacia su persona. Avery Robbins, un autor que tuvo éxito y vivió a cuerpo de rey durante su época dorada. Ahora estaba en la decadencia, y no tenía medios de sobrevivir con sus vicios. De ahí al chantaje, hay sólo un paso. Y tal vez al crimen también...

¿Pero qué sabía él de Sharon Crawford que valía miles de dólares?

—Sabe que puedo hacerlo, puerco —le acusé duramente, acorralándole • en las cuerdas como el campeón que tiene *groggy* a su antagonista sobre la lona—. Y lo haré si no me dice todo... Absolutamente *todo*, ¿está claro? Lo que usaba contra Sharon... y lo que sepa de su asesinato.

—Yo no tuve nada que ver en su muerte —se apresuró a negar, angustiado—. No puede cargarme eso, maldito sea.

—Tal vez no. Depende de usted. Dígame el secreto de Sharon. Ella prometió revelármelo en otra ocasión —volví a mentir fríamente—. No tuvo ocasión ya. Pero usted si la tiene. *Ahora*. ¿Habla... o llamo al teniente Mallory, de Homicidios, para que le apriete las clavijas, Robbins? A él tendrá que decirle de dónde obtuvo los últimos miles de dólares, todos los que le sacó a Sharon... Y tengo evidencias: cartas, teléfonos y lugares de cita de Sharon con usted. Le recordarán otros testigos. Está cogido y lo sabe.

Todo era puro *bluff* por mi parte, pero nada más fácil que acosar y hundir al que ya está medio vencido. Robbins era un globo que se deshinchaba por momentos. Y lo demostró al jadear roncamente, con voz angustiada, rostro sudoroso y ojos dilatados:

—Está bien, Blake, está bien... Pero no aquí, por el amor de Dios... Me conocen. Llevo algún tiempo siendo cliente de este local...

—¿Por qué, si no le gusta el *jazz*? ¿Para contactar con sus víctimas y extorsionarlas impunemente? —Le machaqué, implacable, porque el tipo no merecía otra cosa.

—Es... es difícil obtener dinero cuando se está cuesta abajo, Blake... —Tragó saliva, pareciendo cada vez más un pobre hombre roto y vencido—. Dios quiera que no le ocurra nunca. No se fíe de nadie. No hay amigos en esta ciudad ni en nuestro mundo dorado

del teatro. Sólo cuando se está arriba, cuando se triunfa...

—Aprenderé la lección, no lo dude —dije sordamente—. Lo que no haré nunca es vivir como un parásito, sangrando a los demás... ¿Cuándo vamos a hablar de esto, Robbins?

Esta misma noche... En mi apartamento de la Calle Cincuenta, en el trescientos veinte, junto a la Octava... —musitó, confuso—. Dentro de una hora...

—Bien —miré mi reloj—. Una hora. A la una y cuarto, exactamente. No faltaré. Esté a la espera, Robbins, o será el teniente Mallory quien irá en mi lugar...

—No tema —humedeció sus labios nerviosamente—. Estaré esperando...

Me aparté de él. Apuramos la consumición Betsy y yo, y dejamos el Jazz Club. Teníamos aún un poco de tiempo, y la noche era calurosa y húmeda. Paseamos por Broadway, entre la jungla de luminosos, fluorescentes, bombillas parpadeantes y vehículos veloces que subían y bajaban la importante arteria de Manhattan.

Le conté lo ocurrido con Robbins. Me miró con expresión admirativa.

—Eres fantástico —murmuró.

—Nada de eso —sonreí, meneando la cabeza—. Jugué al azar y resultó. Eso es todo.

—¿Crees que Robbins mató a Sharon?

—No lo sé. Perdía mucho matándola; el dinero de Zimbalist, la oportunidad de volver a estrenar... Y si alguien necesita de una oportunidad así, ése es Robbins. Pero nunca se sabe lo qué puede ocurrir si alguien se niega a pagar a un extorsionista...

¿Qué secreto podía tener Sharon para permitir el Chantaje?

—Espero que lo sepamos esta misma noche —suspiré, parándome en una esquina radiante de luz y de gente incluso a aquella hora de la madrugada. Así era Broadway. Uno podía olvidársele la hora en que vivía, gracias al ambiente que se respiraba en él. Grandeza y miseria, esplendor y ruina, luz y sombra, se mezclaban extrañamente en el dorado mundo del Broadway nocturno.

—Betsy, no creas una palabra de todo esto que te rodea —dije bruscamente.

—No te entiendo —ella me miró a mí primero, y luego a la calle

luminosa, al tráfico incesante y a la gente que iba y venía, con verdadero asombro.

—Es esta ciudad, este lugar, este mundo... —dije—. Es engañoso, Betsy. Nos miente a todas horas. Nos atrae como la llama a la polilla. Y luego nos quema las alas y la vida en su fuego. Le pasó a Sharon, le pasa a Robbins, le pasó a mucha gente y seguirá pasándoles a otros... No quiero que tú seas uno de ellos...

—Estoy en el juego —sonrió—. No puedo echarme atrás ahora.

—No, no es eso. Pero no te fíes. Cuando veas llegado tu momento, retírate del envite.

—¿Por qué me dices todo eso? A ti te conviene que gane dinero, que sea famosa... Soy tu pupila, soy tu «estrella»...

—Eres una chica maravillosa, Betsy —dije tomándola impulsivamente por los hombros y mirándola a los ojos—. Demasiado noble y demasiado honesta para este lugar. Eso es lo que me da miedo...

—Trataré de recordar tus palabras —me sonrió deliciosamente con su boquita gordezuela, de labios carnosos—. No temas, Richard. No soy demasiado ambiciosa. Me gusta mi trabajo y me gusta el teatro. Pero no sacrificaré nada ante mi vida y mi felicidad personal llegado el momento, te lo aseguro.

—Ojalá sea así —murmuré soltando sus brazos—. Ojalá, Betsy...

Paseamos unos minutos en silencio. Ahora fue ella quien rompió la pausa:

—¿Estabas muy enamorado de Sharon?

Dudé. La miré. Pocos días antes, mi respuesta hubiera sido rotunda. Ahora me costó darle una.

—No sé —confesé—. Tal vez. Creo que nunca estaré ya seguro de eso...

—Entonces, ¿por qué investigas su muerte, por qué buscas a su asesino?

—Creo que por salvar mi propia piel en primer lugar. Recuerda que soy el sospechoso número uno.

—Deben estar locos o ciegos. Tú no puedes ser un asesino.

—Ya dije antes que eres maravillosa —murmuré—. Y sigo pensándolo...

Seguimos el paseo nocturno, hasta detenernos en una cafetería y tomar algo frío. Luego, acompañé a Betsy a su apartamento. Nos

despedimos apretándonos las manos. Estuve a punto de darle un beso, pero no lo hice. Nunca sabré por qué.

A la una y quince minutos, exactamente, estaba ante el edificio donde Avery Robbins tenía su apartamento.

Subí a la planta donde figuraba su nombre en una tarjeta, en el amplio vestíbulo de entrada automática. La puerta vidriera, descuidadamente, estaba atascada, y no necesité pulsar timbre alguno para el vestíbulo, luego el ascensor, y finalmente su apartamento, en la planta decimosexta.

También aquella puerta estaba entreabierta. Llamé inútilmente. Nadie me respondió, pese a que dentro había luz eléctrica encendida. Tras una indecisión, entré.

No tardé en detenerme en el *living*, ante el cadáver de Avery Robbins.

Alguien le había aplastado el cráneo con una estatuilla de bronce que yacía a su lado, empapada en sangre y cubierta de cabellos agrisados y rizosos, pertenecientes a la cabeza de Robbins.

Aún no me había recuperado de mi aturdimiento cuando algo metálico se apoyó en mis costillas, y una voz agria y amenazadora me conminó ásperamente:

—Esta vez sí le cacé, Blake. Alce sus brazos y no intente nada, o es hombre muerto. Le arresto en nombre de la ley, por el asesinato de su colega Avery Robbins...

No necesitaba siquiera volver la cabeza para reconocer la voz del sargento de Homicidios, Amos Goulding.

CAPÍTULO III

Tuve que obedecerle. Di unos pasos por la estancia con el arma de Goulding pegada a mis costillas. Cuando giré la cabeza sobre el hombro, vi su sonrisa satisfecha y el brillo malévolo de sus ojos astutos.

—Se equivoca, sargento —repliqué—. Yo no le hice nada a Robbins. Me cite con él y venía a saber algo importante sobre Sharon, tal vez sobre su muerte...

—Sin duda. Robbins era un chantajista. Tenemos datos de él en el Departamento. Extorsionaba a mucha gente para sobrevivir con cierta apariencia de dignidad pese a su lamentable situación. Sin duda quiso sacarle algo también a usted, a cambio de callar datos acusadores en el asesinato de Sharon Crawford. Y usted resolvió matarle...

—Acabo de llegar. Ya estaba muerto cuando entré. Si usted me ha seguido tan de cerca todo este tiempo, tiene que saber que digo la verdad...

—No hace falta mucho tiempo para aplastar el cráneo de un hombre. Usted subía en el ascensor cuando yo tome la escalera de servicio para seguirle. Y vea, la sangre sigue manando de la cabeza de Robbins. Usted le machacó el cráneo mientras yo subía, de eso no hay duda.

Era cierto, maldita sea. Todo era tan reciente, que la sangre brotaba de la cabeza de Avery Robbins, corriendo sobre la alfombra en un lento y espeso surco carmesí. Nada ni nadie me salvaría esta vez cuando me llevaran ante un jurado. El espantoso fantasma de la silla eléctrica flotaba ante mí como una pesadilla.

—Dese la vuelta —me ordenó el sargento—. Con cuidado, Blake, o le atravieso el cuerpo hasta hacer de él un colador. Voy a

esposarle y llevarle conmigo al departamento. Al teniente Mallory esto va a librarle de preocupaciones por un tiempo...

Empecé a volverme. Entonces, no sé cómo, una especie de obús se estrelló en la cabeza de Goulding, aplastó su sombrero cómicamente, y le puso los ojos en blanco. Se derrumbó ante sí como un fardo, con un quejido ronco escapando entre sus labios contraídos, y se quedó tan quieto como el propio Robbins, con la cara hundida en la alfombra.

—Cielos... —Levanté los ojos hacia la sombra que había aparecido a espaldas del sargento, con un cenicero de grueso vidrio en su mano, y un destello de oro en su cabello al herirle la luz encendida del piso de Robbins—. ¡Tú! ¿Qué haces aquí, Betsy?

Betsy Grant se acercó a mí. Temblaba ligeramente, y estaba algo pálida, pero se mantenía singularmente serena. Dejó caer el cenicero, y me miró, tambaleante.

—Me... me siento mal, Richard —musitó—. Tal vez le maté...

—No, creo que no —reí entre dientes, inclinándome a examinar al policía, y quitándole de las manos su reglamentario «38»pavonado, que guardé en mi chaqueta instintivamente—. Sólo le diste un buen golpe que le hará dormir un rato. Betsy, el cielo te envía sin duda. Pero esto puede costarte caro. Dirán que eres mi cómplice o encubridora...

—Nada me importa si puedo ayudarte —susurró ella impulsivamente, tomándome un brazo con fuerza. Tragó saliva, mirando el cuerpo inmóvil y ensangrentado de Avery Robbins. Me miró con cierto asomo de horror—. No habrás sido tú quien...

—No, no —rechacé vivamente, apretando sus manos con calor—. Ni lo sueñes, Betsy. No sería capaz de matar a nadie. Estaba así cuando llegué. Luego apareció el sargento y me arrestó, acusándome de este crimen. Parecía saber bien que Robbins era un extorsionista. Pero tú... ¿cómo has llegado hasta aquí? Te dejé en tu casa...

—No podía estar tranquila. Algo me decía que corrías peligro —susurró ella apagadamente. Me miraba a los ojos de un modo turbador, muy cerca de mí. Nunca sus labios me habían parecido tan carnosos ni apetecibles. Nunca sus ojos tan profundos y cálidos—. Y salí corriendo tras de ti. Tardé en encontrar un taxi. Te seguí y vine hasta aquí. La puerta de abajo y la de arriba estaban abiertas...

No fue difícil llegar hasta este lugar.

—Igual me ocurrió a mí. Y a Goulding, supongo —le miré pensativo y me dirigí hacia el interior de la casa—. Nos vamos enseguida, Betsy. Pero quiero antes ver algo...

—Por Dios, Richard, tenemos que irnos *pronto* —gimió ella—. Aquí peligrosas...

—Lo sé. Será sólo un minuto. Robbins debe tener algo... un archivo, una agenda o algo así. Tal vez referencias sobre sus víctimas de chantaje... Podrías ser importante como pista.

Busqué desesperadamente por la casa. Betsy me ayudó. Y ella lo encontró. La intuición femenina siempre es superior a la nuestra.

—¡Aquí, Richard! —musitó—. Creo que lo tengo...

Fui rápidamente a reunirme con ella en la cocina. Era cierto. Lo tenía. Miré el cubo de basura de cuyo fondo, bajo una bolsa de celofán opaco había sacado la carpeta. Era un buen escondrijo para ciertas cosas. Ella me lo entregó.

Examiné la carpeta azul oscura, ajustada con gomas cruzadas. Tomé a Betsy de una mano.

—¡Vamos ya! —sugerí en voz baja—. No podemos perder más tiempo...

Era verdad. El maldito Goulding empezaba a moverse en el suelo con cierta torpeza, exhalando gemidos de dolor. Aún tardaría unos minutos en recuperarse del todo. Esperaba que fueran suficientes.

Salimos de la casa de apartamentos a toda velocidad. Vi el coche del sargento pegado a la acera, en la esquina. No recordaba haberlo visto al llegar, sin duda porque me seguía de cerca. O tal vez porque no me hubiese fijado en él, aún estando allí.

Por simple precaución asomé por la portezuela. Sonreí. Tenía las llaves puestas. Las arranqué y las tiré por una alcantarilla. Le costaba un tiempo resolver el problema.

Subimos en mi coche y partimos de allí con rapidez. Pero ahora sabía que todo era una lucha contra reloj, contra la ciudad, contra todo el mundo. Goulding volvería en sí e informaría de lo ocurrido. Sería buscado por doble asesinato.

Ahora no podía dejarme ver... Ni ir tampoco a la policía proclamando mi inocencia. Había jugado fuerte y estaba perdiendo por el momento.

—¿Qué vas a hacer, Richard? —quiso saber Betsy, que se daba

perfecta cuenta de la situación.

—No lo sé —confesé con toda franqueza, conduciendo a través del ya escaso tráfico de madrugada en Manhattan—. Pero algo hay que hacer. Y pronto.

—Si puedo ayudarte en algo... —se ofreció ella con espontaneidad.

—Ya has hecho demasiado por mi —la miré con ternura—. Sal de todo esto, Betsy. No quiero verte metida en tíos. Te dejaré otra vez en casa. Y esta vez no salgas de ella, por el amor de Dios. Lo que haya que hacer, lo haré yo solo, ¿está claro?

—Sí, Richard, pero me sentiría más tranquila a tu lado...

—Nos veremos mañana —suspiré—, aparcando en un lugar solitario, con un suspiro—. Es posible que tengas para entonces intervenido tu teléfono por ¡a policía. El sargento no te vio, pero ellos pensarán que somos amigos y puedo solicitar tu colaboración. Si llamo, no daré mi nombre. Te diré cualquier cosa con la voz cambiada. De parte de tu peluquero o tu modisto, pongamos por caso. Y te citaré en alguna parte. ¿Crees que podrás burlar a un posible seguidor, si vienes a reunirme conmigo?

—Estate seguro de ello —sonrió animosa—. Conozco a un taxista especializado en cosas así. A veces me ayudó contra moscones molestos. Tengo su teléfono. Recurriré a él.

—Excelente —aprobé. La miré en silencio. Luego abrí la carpeta de Robbins y hurgué en ella, a la luz que venía de una farola del alumbrado, a través de la ventanilla del coche. Betsy me contemplaba en tensión. Al fin exhalé un suspiro y agité tres hojas mecanografiadas, con aire triunfa!—. Aquí hay algo. Demasiado, diría yo.

—¿Qué es ello?

—Los motivos de tres chantajes. Tres personas extorsionadas. Una, fue víctima de un asesinato: Sharon Crawford.

Las otras dos, pudieron ser sus asesinos.

—¿Quiénes son?

—Pásmate, Betsy —dije, con la mirada perdida en sus jugosos labios gordezuelos—. Uno, es un chico Je inmejorable familia. Vive en la Quinta Avenida. Sin embargo, es aficionado a atacar con vitriolo a las chicas hermosas, por un raro complejo de Edipo que sufre. Vive con su madre neurótica, y se llama Desmond Craig.

—Dios mío... —Se estremeció Betsy—. El maniaco del vitriolo... ¿Y el otro?

—Lester Shamrock, crítico teatral de Broadway —reí entre dientes—. Adicto a las drogas, estafador de altos vuelos y acusado en otro tiempo de buscar efebos en el teatro para pervertirlos... Suficiente para hundir su prestigio actual como crítico.

* * *

Lester Shamrock me contempló con aire cínico e impávido de hombre de vuelta de todo, entre mundano y sofisticado.

Su bata de seda estampada, sus chinelas de brillo y sus piernas bien rasuradas, en aquella lujosa vivienda de la Calle Cuarenta y Siete, eran detalles que hablaban por sí solos. El mobiliario debía valer una fortuna. La decoración, aunque anticuada, era costosa y daba sensación de lujo y de confort.

—Muy bien —silabeó lentamente, entornando los ojos—. Ahora ya lo sabes. Puede destruirme fácilmente dando esos documentos a los diarios sensacionalistas. Hay mucha Prensa *amarilla* en Nueva York, mucho bastardo aporreando máquinas de escribir en las redacciones. Pueden escribir un hermoso epitafio para el más duro crítico teatral de la época. Y nadie hará ya caso de mis críticas. Eso saldrán ganando obras mediocres y autores baratos como usted, Blake.

—No escarmienta, ¿eh, Shamrock? —Me irrité—. No pide cuartel. No se rinde. Ataca en vez de defenderse.

—Me gustaría morir con dignidad, aunque haya vivido como todo el mundo, entre lo selecto y lo execrable —tal vez quiso hacer una frase, y casi le resultó—. Usted no ganará mucho con ello, de todos modos. Acostumbro a oír la radio a primeras horas de la mañana. Suelen dar un hermoso concierto. Hoy lo salpicaron de noticias sobre un asesino evadido de la policía. Ése asesino era usted, Blake.

—Sabe que yo no he matado a Sharon ni a Robbins.

—Yo no sé nada. Usted sentía celos de Zimbalist y amaba a Sharon. Odiaba a Robbins porque alguna vez fue mejor que usted como autor, aunque ahora era una piltrafa. Pudo hacerlo. Es a la policía a quien tiene que convencer, no a mí.

—No vine a convencerle de nada.

—¿A qué vino, entonces? —Me estudió con frío desprecio—. Si es cuestión de dinero, podemos arreglarlo. Tengo algo en efectivo. Y un talón al portador, aunque será muy arriesgado ir al Banco a cobrar, en sus actuales circunstancias...

—No quiero su dinero, Shamrock —me irrité—. Quiero sólo la verdad.

—¿La verdad? —Se encogió de hombros con gesto de fastidio—. Ya la sabe: no niego nada. Fui estafador, homosexual... y soy drogadicto. Me inyecto heroína. ¿Eso responde a su pregunta?

—No. Mi pregunta es otra: ¿mató usted a Sharon Crawford o a Avery Robbins?

—Cielos, claro que no —enarcó las cejas, escandalizado—. ¿Por qué habría de hacer semejante tontería? Si hubiese matado a Robbins, usted no tendría ahora sus documentos, o hubiera sido un estúpido completo. En cuanto a Sharon... no era tan mala *vedette*, después de todo, como para llegar tan lejos.

No pude evitarlo. Reí. El cinismo de Shamrock corría parejas con su sentido ácido del mundo. Moví la cabeza, y me encaminé a la salida.

—No sé por qué, Shamrock, voy a creerle —dije—. Ahora puede llamar a la policía y decirles que estuve a verle. Eso les facilitará estrechar el cerco. Tengo informes sobre otro posible asesino. También sobre Sharon... ¿Sabía usted que era víctima de Robbins?

—No —meneó la cabeza—. Pero no me sorprende. Todo el mundo, en esta vida, tiene algo que ocultar, sobre todo cuando llega muy arriba... ¿Qué va a hacer con mis documentos, Blake?

Le miré. Sonreí. Luego, deposité los escritos de Robbins en una mesita con incrustaciones de marfil en la bruñida caoba. El enarcó sus cejas, atónito.

—Eso es cosa suya, Shamrock —dije—. Haga con ellos lo que quiera...

Salí de la suntuosa vivienda. Estaba seguro de que, cuando menos, la gratitud inicial de Shamrock llegaría incluso a no descolgar el teléfono para avisar a la policía.

La señora Craig no sólo resultó neurótica, sino medio inválida.

Se apoyaba en un bastón de ébano con empuñadura de plata, arrastraba su pierna izquierda, el brazo del mismo lado parecía poco dúctil, y medio rostro de igual zona mostraba su rigidez desusada, en contraste con el agrio rictus y el centelleo agudo de su boca y ojo en el lado derecho.

—Mi hijo Desmond trabaja en el jardín —dijo secamente—. ¿Por qué quiere verle?

—Es un asunto confidencial, señora —expuse con frialdad—. Preferiría hablar con él a solas de todo ello.

—Me gusta conocer los asuntos de mi hijo a fondo —me cortó—. Vivimos muy unidos los dos, señor Blake. No hay secretos entre ambos.

—¿Está segura de eso, señora? —dudé abiertamente.

La expresión de su media cara fue desagradable, casi agresiva. Alzó su bastón, a costa de tambalearse ligeramente, y me señaló la salida.

—Será mejor que se vaya, si pretende importunarnos —avisó—. A Desmond no le gusta que le molesten cuando trabaja con sus plantas.

—¿Sus plantas? —repetí.

En el invernadero del jardín. Crea maravillosos ejemplares con cruces difíciles. Es un experto en obtener piezas únicas. Su tarde no puede ser interrumpida. Vuelva otro día, señor Blake.

—No —negué—. Si no hablo yo con él ahora, lo hará la policía, señora.

—¿La *policía*? —Pronunció el nombre como si fuese sinónimo de la peste—. ¿Está loco?

—Señora Craig, su hijo no sólo es experto en floricultura, sino también en vitriolo —decidí exponer las cosas por su nombre—. Avery Robbins le está extorsionando por ese motivo desde hace más de un año. Una «estrella» del musical, Sharon Crawford, fue atacada por él en el Playground hace pocos días. Luego, la asesinaron, rociando su rostro y pechos con vitriolo. Lamento decírselo, señora, por si lo ignoró todo este tiempo, pero su hijo es el «maníaco del vitriolo», y si no hablo con él enseguida, la policía lo hará por mí.

La dama estaba lívida. Temblaba su mano engarfiada en el bastón. Se dejó caer, con un jadeo, en un mullido sofá, mirándome

con una mezcla de terror y angustia.

—De modo que usted lo sabe... —gimió.

—Y usted veo que también. Ha estado encubriendo a su hijo todo este tiempo. ¿Por qué, señora? Desfigurar a las mujeres hermosas con vitriolo no es un deporte inofensivo. Es un crimen.

Ella empezó a sollozar. Se le había ido de repente toda la arrogancia, como cuando un globo se desinfla lastimosamente.

—Mamá, no llores —pidió una voz ronca, a mi espalda—. Tenía que ocurrir...

Me volví rápidamente, con cierto gesto instintivo, por si alguien arrojaba ácido corrosivo a mi rostro. No ocurrió nada de eso. El joven descolorido, de ojos claros y expresión infantil que aparecía en la puerta de comunicación con el jardín tenía todo el aire de un ser inofensivo y torpe que, de súbito, se siente más indefenso que nunca. No me miraba con odio ni rencor. Sólo miraba a su madre con lástima y dolor.

Era fuerte físicamente. Pero sus movimientos ahora eran lentos. Y su aire de infinita tristeza.

Pasó por mi lado, lento como un tanque, y puso sus manazas blancas y fofas en los hombros de la madre. Ella aferró una de sus manos, patética.

—¿Por qué, hijo? —sollozó—. ¿Por qué tuvo que ocurrir todo así?

—Mamá, subes que no puedo evitarlo... —se lamentó él. Volvióse hacia mí, sin soltar la mano de su madre—. Mamá era tan hermosa, tan dulce y delicada... Pero envejeció. Y enfermó. Su rostro se desfiguró con su dolencia. Era injusto. Tanta mujer impura y hermosa por el mundo... mientras ella, todo pureza y bondad envejecía y se deformaba... No debía de ser así Yo intenté que no fuese así...

—Y recurrió al vitriolo para desfigurar rostros hermosos y populares... —Me estremeció la horrible sencillez conque aquel psicópata justificaba sus atrocidades—. Así hizo daño a muchas chicas... Un daño irreparable. Así intentó desfigurar a Sharon Crawford en su camerino... y luego lo logró en su cadáver, después de matarla...

—¡No! —Aulló, abriendo mucho los ojos, mirándome con horror—. ¡Matar, no! Yo nunca maté a nadie... Sólo desfiguré a algunas

chicas... Era lo justo. No sólo mamá iba a sufrir ese dolor... Pero no las maté... Nunca maté a ninguna...

—A Sharon, sí —insistí, obstinado—. Fue usted a su apartamento esa noche. Nunca es difícil saber dónde vive una persona famosa... Le arrojó el vitriolo, tras estrangularla...

—¡Juro que no! —Casi implorante, cayó de rodillas, y empezó a llorar, apoyando su cabeza rubia en el regazo materno. Ella acarició sus cabellos lenta, pausadamente—. Yo no lo hice... Fui allí, es cierto... Llevaba el frasco de ácido... Iba a dejarle la marca, como a las otras... Pero entonces me asusté. La otra mujer apareció en el rellano, caminando hacia mí...

—¿La *otra mujer*? —repetí, con repentina tensión—. ¿Cuándo era eso?

—Usted... usted se había ido hacía poco —silabeó, mirándome sin emoción alguna—. Yo le vi alejarse... Subí entonces. Ella debía estar sola. Era el momento. Pero apareció la otra mujer, me vio... Yo me asusté, huí... Se me cayó el frasco de la mano. Rodó por la alfombra del corredor...

—En ese caso, se hubiera roto. Y no habría ácido en un cadáver...

—No, no se rompió. Recuerdo que rodó, sin quebrarse. Quise recuperarlo, pero ella me miró y me asusté. Escapé por la escalera de servicio...

—¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué le asustó?

Desmond Craig me dio una respuesta inesperada, casi inverosímil:

—Porque... porque ella *se parecía tanto a Sharon...* que creí que había una en el piso y otra en la escalera...

CAPÍTULO IV

Llevaba un pañuelo a la cabeza. Estaba inclinada sobre un huerto, tras la cerca color verde manzana, allá a espaldas de la granja alargada y con porche. Encima del lugar, nubecillas blancas, algodonosas, salpicaban un cielo limpio, soleado. Pese a ello, el calor veraniego era soportable allí.

—Hola —saludé fríamente, apoyándome en la cerca y echando atrás el sombrero liviano, flexible.

Ella se volvió bruscamente. Le cayeron unas hortalizas de la mano. Se quedó mirándome. En la distancia, un tren pasó rápido por las vías, hacia la estación de Evansville, distante menos de media milla de la granja.

—¡Señor Blake! —Exclamó con sorpresa—. ¿Qué hace usted aquí?

Me quedé mirándola. Margaret Hawkins, viuda de Ian Hawkins, y hermana de Sharon Crawford, llevaba, además del pañuelo de colores anudado en torno al cabello, unas anchas gafas de sol y guantes de jardinería. Calzaba zapatones toscos y no parecía tan atractiva de figura como en el cementerio de Queens, El día del funeral por Sharon.

—Veo que tiene buena memoria —dije con una sonrisa, avanzando hacia ella.

—Soy buena fisonomista —objetó ella, mirándome pensativa—. ¿Qué ha venido a hacer a Evansville? Esto está lejos de Nueva York. ¿Cree que la policía no le encontrará aquí?

—¿Ya sabe eso? —Fruñí el ceño.

—Todo el mundo lo sabe. La radio lo ha dado muchas veces. Y su foto salió en los periódicos. Le buscan por asesinato. El de Avery Robbins. —Se equivoca. Por dos asesinatos. El de Robbins y el de

Sharon, su hermana.

—También he oído decir que un chico de la buena sociedad se suicidó. Era el «maníaco de vitriolo».

—Un pobre diablo lleno de complejos. Sobre todo, con uno de Edipo muy acentuado y extraño —suspíré moviendo la cabeza—. El me contó lo de aquella noche, señora Hawkins. ¿O prefieres que siga llamándote Sharon?

* * *

Por lo menos, no intentó negarlo. Tal vez sabía que era inútil.

—De modo que lo sabías... —musitó, derrumbándose.

—Lo supe cuando me habló Desmond Craig de la «otra mujer» en el apartamento de Sharon aquella noche. Recordé que, alirme yo, un coche oscuro llegaba. En él venía tu hermana Margaret, ¿no es cierto, Sharon?

La supuesta señora Hawkins asintió lentamente. Hubiera sido difícil reconocer a la resplandeciente «estrella» de Broadway en aquella granjera de toscas ropas y aire descuidado.

—Sí —murmuró—. Margaret venía a pasar unos días conmigo en Nueva York. Ian, su marido, había muerto repentinamente, víctima de un tumor. Estaba sola, necesitaba compañía. Todo fue una desgraciada serie de circunstancias...

—Pero afortunada para ti, Sharon. Si no, ahora serías tú la víctima, ¿no es cierto?

—Sí, eso es verdad —respiró hondo, mirando con tristeza el paisaje agrícola de Illinois. Se quitó lentamente los guantes—. Estábamos hablando. Yo había entrado en el aseo para empezar a limpiarme de todo maquillaje. Entonces llamaron. Me alarmó, dada la hora. Creí que tú volvías, y se lo dije a Margaret. Ella dijo que iría a abrir. Y abrió.

—Y abrió la puerta al asesino, ¿no es cierto?

—Así fue, Richard. La oí gritar roncamente. Luego, un forcejeo en el vestíbulo en penumbra... Corrí allá en cuanto pude. Era tarde. Margaret estaba muerta, estrangulada. Sentí un horror profundo. El asesino había huido. Oí sus pisadas por la escalera de servicio. Margaret había dejado en la mesa al llegar un fraseo que halló en el rellano, cuando alguien huía. Yo imaginaba que era vitriolo. Estaba

asustada, y comprendí que mi vida no valía un centavo. No sólo el maníaco me perseguía, sino también un estrangulador implacable. Tenía que huir a ese peligro, dejar de ser Sharon Crawford, lo deseaba. La idea me pasó fugaz por la mente. Era una locura, pero ¿por qué no intentarlo? Nadie sabía en Nueva York de la llegada de mi hermana, recién asesinada...

—Y lo hiciste —suspiré—. Derramaste vitriolo, el vitriolo de Desmond Craig, sobre el cuerpo sin vida de tu hermana. Pusiste reflejos en su cabello, y consideraste, tras ponerle tus ropas, que todo eso engañaría fácilmente a cuantos te conocíamos, como así fue. Era tu modo de protegerte de tu propio terror. Luego, volviste a Evansville algo cambiada, como si fueses tu hermana Margaret. Os parecíais bastante, aunque no fueseis gemelas, y unos leves toques, más la precaución de no dejarte ver demasiado, resolvían tu problema. El marido de ella no vivía y no tenían hijos, de modo que ocupaste su puesto aquí, sin despertar sospechas en esta pequeña comunidad... Era un buen refugio para ti. ¿Cuánto tiempo esperabas que durase esta farsa, Sharon?

—No sé —me miró amargamente—. No tenía idea, pero sabía que un día u otro había de terminar...

—Por mí, ya ha terminado. Pero no diré nada a nadie. Es cosa tuya si quieres afrontar la vida con una identidad prestada o con tu verdadera persona. Sólo vine para estar seguro de que mi sospecha era cierta.

—Gracias por permitirme resolver a mí, Richard —me miró dulcemente—. Sabía que tú no podías ser el asesino de Robbins, como no lo eres de Margaret, pero ¿por qué has venido? ¿Sólo para comprobar que Sharon seguía con vida lejos de Broadway?

—No sólo por eso. Has dicho que *no soy* el asesino de Margaret. Pareces saberlo muy bien, Sharon. Si lo que dijiste es cierto, recuerdo que desde tu cuarto de aseo, el espejo del recibidor forma ángulo visual, de tal modo que *tuviste* que ver al estrangulador de tu hermana cuando la atacó en el umbral... ¿Quién era, Sharon?

Ella se mostró agitada, por primera vez desde mi llegada.

—No, por Dios... —jadeó—. No ibas a creerlo. Ni nadie lo aceptaría nunca...

—Eso no importa ahora. Lo que los demás piensen, quiero decir. Yo te creeré, Sharon. Es muy importante para mí. El que mató a

Margaret Hawkins, mató a Avery Robbins, de eso no hay duda. Tú sabes que Avery te estaba extorsionando. Quise saber por qué. Ahora lo sé. Sus documentos están en mi poder.

—Oh, Richard, no... —Palideció intensamente—. Tú no puedes saber...

—¿Que mataste a un hombre por accidente apenas llegada a Nueva York, cuando él intentó violarte en una pensión de mala muerte? —Sonreí con tristeza—. Lo sé, Sharon. Tú no tuviste la culpa. Fue un homicidio involuntario, pero es una fea historia para una «estrella». Robbins lo sabía y utilizó eso contra ti. Su negocio era el chantaje. Ahora no tienes nada que temer —extraje unos papeles del bolsillo y los puse en sus manos—. Aquí tienes todas las pruebas. Destrúyelas. Nunca nadie sabrá ya nada de eso.

—Richard, ¿me pides... me pides el nombre del asesino a cambio de eso? —Tembló su voz, mientras tomaba los documentos casi con incredulidad.

—No —negué despacio, echando a andar hacia la salida—. No te pido nada a cambio de ello. No soy un extorsionista, Sharon. Si prefieres seguir aquí como Margaret, es cosa tuya. Pero creo que vale la pena enfrentarte a la vida sin máscaras, aunque primero resulte difícil hacerlo. Será una dura prueba. Pero saldrás adelante. Sólo que quien mató a Margaret, creyó que te mataba *a ti*. ¿Por qué? Tal vez lo sepas o lo imagines tú. Si vuelves, intentará matarte de nuevo. Tu única posibilidad estriba en decir quién fue. Huyendo, ocultándote, no adelantarás mucho.

—Pero si nadie va a creerlo, Richard —gimió—. Nunca podría probarlo persona alguna.

—Tal vez yo lo consiga —suspiré—. Deberías confiar en mí. Pero veo que no es así. Hasta pronto, Sharon. O hasta nunca. Vuelvo a Nueva York.

—Espera —su voz me detuvo—. Te diré quién fue. Tienes razón. Le vi por el espejo del vestíbulo. Creo que es otro chiflado. Un reprimido. Parecía gozar estrangulando a Margaret, y pronunciaba con voz ronca mi nombre, una y otra vez, como en éxtasis. Era... era como un orgasmo en pleno crimen. Me causó horror.

—Entiendo —resoplé, estremeciéndome—. Hay gente así, Sharon.

Seguí caminando, pensando que nunca me diría el nombre.

Estaba ya para cruzar la valla de salida cuando me lo dijo con voz ronca, estremecida:

—El... él era... *el sargento Amos Goulding*, de la Brigada de Homicidios.

Salí sin volverme. Sin decir nada. Sharon estaba llorando.

CAPÍTULO V

—¿Qué hace aquí, Blake? ¿Cómo entró?

—Por la ventana —reí, señalando la hoja de guillotina alzada—. Es lo malo de vivir en planta baja y tercer jardín. Su esposa y su hijo escuchan el serial de radio, ¿no es cierto?

—Sí. Están en el salón... —Miró, aprensivo, mi revólver calibre 38, apuntando a su cabeza. Mi revólver, que era el suyo. Debía de saber que bastaba para volarle el cráneo, porque se mantuvo quieto, con su ejemplar del diario vespertino en su mano, hasta que lo dejó caer lentamente sobre un sillón—. ¿Qué pretende de mí?

Le estudié con calma. Llevaba un ancho esparadrapo sobre el punto donde Betsy estrelló el cenicero de vidrio. Estaba pálido pero tranquilo. Su gesto ratonil era no sólo astuto, sino temeroso.

—Quítese la chaqueta —le invité—. Con cuidado. Y luego la sobaquera con el arma.

—¿Qué intenta, coleccionar armas del Departamento? —farfulló—. Está loco, Blake. Sería mejor que se entregara ahora a mí. Diría que vino espontáneamente, y eso le ayudaría en el momento de ser juzgado.

—Seguro —reí—. En vez de tostarme dos veces en la silla eléctrica, lo harían una sola. Vamos, obedezca. Y con movimientos lentos y precisos, o aprieto el gatillo sin vacilar, sargento.

Goulding puso chaqueta, funda y arma sobre otro sillón. Yo me acerqué y retiré todo eso lejos de su alcance. Le hice sentar con un gesto. Me miró, empezando a sentirse más tranquilo y dueño de sí. El volumen de la radio, emitiendo el serial de las ocho, llegaba nítido desde el *living*, al otro lado del edificio.

—Bueno, ¿y ahora, qué? —Me espetó Goulding—. ¿Espera que yo le ayude a salvar el cuello, Blake? No soy su inquisidor. Es el

fiscal del distrito.

—Lo sé. Usted es sólo un sargento de policía.

—Exacto. Sólo eso. Perseguir a un criminal, forma parte de mi trabajo.

—Un policía, Goulding, es algo más que una placa, un arma y un nombramiento. Es un ser humano. Con todas sus fortalezas y debilidades, con todos sus defectos y virtudes. Usted también es un ser humano, por encima del cargo que ejerce. Y un ser humano enfermo.

—¿Qué dice? —Intentó levantarse, sobresaltado.

—¡Estése quieto! —Alargué el brazo, apuntando recto a su rostro con el arma—. He dicho que es un enfermo, Goulding. Y ésa es la verdad. Nadie en el Departamento puede sospechar que el integro, duro y violento Goulding, hombre honesto, insobornable, con una esposa y un hijo y una vida hogareña intachable, pueda ser también, en el terreno sexual, un reprimido, un obseso enfermizo, que sueña con poseer inalcanzables. Para su desgracia, le pusieron a vigilar a Sharon Crawford, una hembra deseable, sobre todo por hombres enfermizos como usted. Ella simbolizaba todo lo que usted como hombre oscuro y sometido a represiones dictadas por su condición social, profesional y moral deseaba sin poder alcanzar. Esa madrugada, de súbito, su libido oculta le rebasó, hizo de usted un monigote fácil de manipular. Subió audazmente al piso de Sharon, cuando vio que yo me ausentaba. No se fijó en Margaret Hawkins, su hermana, que venía de Illinois casualmente, porque ni vio su rostro, ni imaginó que fuese al apartamento de Sharon. Subió allí y, al abrir ella la puerta del recibidor en penumbras, creyó estar ante la deseada Sharon.

—¿Qué... qué está pretendiendo decir? —farfulló Goulding, mortalmente lívido.

—Lo que ocurrió esa noche, sargento —seguí, implacable—. Usted murmuró su nombre, tal vez la aferró en sus brazos, manoseó su cuerpo, sus pechos, sus caderas, sus formas apetecidas. Ella trató de gritar. Usted lo evitó. La aferró el cuello, forcejeó con ella... Tanto, que la estranguló sin apenas darse cuenta... pero sintiéndose a la vez, en un éxtasis sexual provocado por la violencia sobre la mujer anhelada. Luego, horrorizado de su acción, escapó de allí, sin detenerse a saber si había testigos de su acción...

—¡No había testigos! —clamó Goulding, airado.

Se mordió el labio, frenético, al comprender su tremendo error. Se había delatado, ya no había remedio. Me miró con odio, temblando en su asiento. Yo sonreí tristemente.

—Sí, sargento —afirmé—. Había un testigo. Recuerde que Sharon tuvo una visita, su hermana Margaret, de Illinois...

—Miente. No había nadie —su voz sonó ronca—. Nunca podrá demostrar eso a nadie. No le creerán. Lo tomarán por loco, y lo sabe. Es usted quien irá a la silla, Blake, no yo. ¿Por qué diablos iba a hacer algo así? ¿Por qué iba a matar a un autor fracasado?

—Mató a Avery Robbins porque entonces era a mí a quien usted seguía por orden superior, y en el Jazz Club, donde sin duda estaba aunque yo no llegué a verle, oyó a Robbins citarme, y se adelantó unos instantes, matando a Robbins para cargarme el muerto a mí. Ahora he recordado bien que su coche ya estaba allí cuando yo llegué. De modo que no me seguía en ese momento, sino que *se anticipaba* a mis pasos.

—Todo muy ingenioso. Pudo ser así —rió—. De hecho lo fue, usted lo sabe. Pero ¿cómo podrá demostrarlo nunca? Un sospechoso de dos asesinatos, rara vez tiene credibilidad, y menos aún para acusar a un policía honrado, con años de servicio sin tacha...

—Es suficiente, Goulding —sonó la voz grave del teniente Mallory. Y su corpachón apareció en el hueco de la ventana, volviendo ceniciento el rostro de su subordinado, que le contempló con ojos desorbitados, repentinamente enrojecidos.

¡Teniente! —jadeó, trémulo—. Sólo trataba de llevar a Blake a una trampa y...

—Es inútil lo que digas, sargento —suspiró Mallory, mirando tristemente a su colega—. No sólo he escuchado desde el jardín cuanto aquí se dijo, sino que mientras Blake hablaba y hablaba contigo, tras haberse jugado por el todo avisándome telefónicamente de ello a través de su amiga Betsy Grant, en el Departamento habrá firmado ya su declaración espontánea Sharon Crawford, llegada de Illinois para revelar la verdad y confesar que te vio matar esa noche a su hermana Margaret Hawkins...

—¡Sharon vive! —gimió Goulding, tembloroso, convulso—. Maté a otra mujer...

—A su hermana, sargento —suspiré con aire cansado,

entregando el 38 a Mallory—. Ése fue uno de sus errores... Uno más, entre tantos otros... Lo siento. Por su mujer y su hijo, no por usted...

Salí de la casa. En el *living*, seguía la radio con su serial. Pronto sus oyentes iban a conocer otro drama mucho más real y próximo a sus vidas. Mallory estaba esposando a Amos Goulding. Era el fin de la historia.

O casi el fin.

* * *

Betsy Grant hizo mutis entre grandes ovaciones.

La tomé por los brazos, efusivo, besando su mejilla entre bastidores.

—Espléndido, Betsy —aprobé—. Eres una gran «estrella». La mejor de Broadway.

—Gracias, Richard —me sonrió, radiante de gozo—. Me gusta que me lo digas tú.

—Vaya si lo eres, muchacha —apoyó Lorna Lancaster, apareciendo tras de mí con su mejor sonrisa—. Las localidades están vendidas hasta setiembre. Esto funciona, Blake. Y, además, Zimbalist te ha enviado unas costosas orquídeas como muestra de su admiración, Betsy. Las llevé arriba, a tu camerino...

Miré furioso a Lorna. Había logrado amargar una noche maravillosa de raíz. Luego, mis ojos fueron a Betsy, a quien contemplé ceñudo.

—Vamos arriba —sugerí—. A tu camerino. Tengo algo que hacer. Y qué decir.

Ella asintió. Tomándola de la mano, subimos a su camerino, mientras Lorna, feliz, contemplaba el siguiente cuadro, haciendo quizá un cálculo mental de la cifra que suponía tener vendido el aforo de su teatro hasta setiembre... y de la posible inversión de millones de Samuel Zimbalist en su negocio, gracias a la belleza y condiciones de Betsy.

Una vez en el camerino de Betsy, mis ojos se fijaron en la caja transparente donde media docena de bellísimas orquídeas esperaban a mi rubia amiga, con una tarjeta de Zimbalist prendida.

—Dame esas orquídeas —pedí—. Y no me digas lo que haré con

ellas.

Betsy se limitó a dárme las, tras una simple mirada de curiosidad. Yo las dejé caer a mis pies. Mis zapatos de brillante charol negro pisotearon caja y flores hasta dejarlo todo triturado. Betsy ni pestañeó. Al final, se echó a reír.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Me has librado de un trabajo que yo misma iba a hacer.

—¿De veras? —La miré, asombrado—. ¿Tú hubieses destrozado las orquídeas de un admirador?

—Siendo de Zimbalist, seguro. No me gusta ese hombre.

—Hay muchos Zimbalist mosconeando en torno a los camerinos de las estrellas, Betsy —comenté agriamente.

—Quizá. ¿Te preocupa eso?

—Bastante —la miré con fijeza—. ¿Qué tal si nos casamos mañana?

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron enormemente. Me miró como si estuviera loco.

—Mañana por la mañana. Conozco una capilla tranquila y bonita en Manhattan... Si tú quieres, claro.

—Pero... pero, Richard, yo creí que... que al volver Sharon...

—Sharon sólo volvió para aclarar las cosas y afrontar su propia responsabilidad. Se vuelve a Illinois en cuanto un juez dicte libertad condicional para ella. Y ahora para ser solamente Sharon Crawford, no su hermana Margaret.

—Pero tú podrás convencerla para seguir en Broadway... y ella se quedaría.

—No lo sé. No pienso intentarlo. Lo cierto es que no quiere ya seguir en Broadway. Y tal vez haga bien. Éste es un mundo extraño y difícil, donde no todo es hermoso, sobre todo si se tiene demasiada ambición.

—Richard, tú... ¿tú no amas a Sharon?

—No. Ahora sé que nunca la amé. Era un espejismo, como tantos otros en Broadway. Éste es un mundo de luz, de color, de espejismos...

—Yo podría serlo también.

—No. Tú no lo eres, Betsy. Por eso quiero ser tu esposo. Cuando esto termine, terminaremos con Broadway. Hay otras cosas que un hombre puede hacer. Y cosas que una mujer casada podría hacer,

que no sea exhibirse en el escenario. Todo depende de que tú quieras, Betsy.

—Richard, por ti... renunciaría a todo —me confesó roncamente, sin quitar sus ojos de los míos—. Absolutamente a todo.

—Cariño...

La besé. Me besó. Sus labios eran como almohadillados y esponjosos contactos húmedos que embriagaban los sentidos. Cerré la puerta del camerino con el tacón de mi pie, y arrojé lejos la destrozada caja de orquídeas.

Seguí besando a Betsy Grant, sintiendo su cuerpo suave, esbelto y atractivo contra mí.

Era un hermoso final para una historia cualquiera de Broadway.

Y un hermoso principio para nosotros dos. En Broadway o donde fuese.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] El autor, intencionadamente, sitúa la acción de esta obra justamente en el periodo que él mismo cita en la Dedicatoria, ya que la II Guerra Mundial terminó en 1945, y así podemos concretar que la acción de este relato se sitúa entre ese año y 1946, época dorada del cine «negro» que él alude al principio, ligeramente posterior a títulos como «¿Quién mató a Vicky?» (1941), «Laura» (1944), «La dama desconocida», (1944)... (N. del T.). < <

[2] He aquí otra clara alusión a los recuerdos del autor. El título inglés de *I wake up Screaming* (también conocido como *Hot spot* en la película) es el de la novela de Steve Hisher en que se basó la película de igual nombre, en Esparta. ¿Quién mató a Vicky?, con Betty Grable, Víctor Mature y Laird fre-gar. La banda sonora del filme es la que el autor cita aquí, una colaboración de Mockridge y Newman. (N. del E.). < <